MICROMUNDOS



CAMINOS

Pavel Núñez

DE MAR EN BAR

MICROMUNDOS

ATLANTA, GA
micromundosmagazine@gmail.com

Dirección, Producción y Diseño
LUNA, Micromundos
micromundosmagazine@gmail.com

Edición y Corrección
Esteban Girón
Posthac Publishing
posthacpublishing@gmail.com

Ilustraciones
YoCo Art @yoco_art

Primera edición: Luz - Marzo 2026
Segunda edición: Tiempo - Abril 2026
Tercera edición: Memoria - Mayo 2026
Cuarta edición: Sombras - Junio 2026
Quinta edición: Caminos - Julio 2026

ÍNDICE

Voz Destacada
De Mar en Bar *Pavel Núñez, Cantautor* ***4***

Columnas y Colaboradores
Liberatura Daniela Romero Pineda **8**
Palabra de elefante Elefante **12**
Micropalabras Eloy Conde **14**
La belleza de lo invisible Iñaki Sainz de Murieta **20**
La vida en aumento Salva J. Luzzy **26**
Ficciones diminutas Leonel Flores **36**
Micella Lucas Isaac Larson **24**
Dante Salvat **34**
Stefany Toya **62**
Luna **74**
En los márgenes Cristina Carrizo Altuzarra **42**
Suspensión de Incredulidad Esteban Girón **46**
A flor de piel Nancy Nocelli **50**
Diégesis Santiago Expósito Amaro **48**
Sandra Lambertucci **52**
Malena Rodríguez Meilán **58**
El coronel ya tiene quien le escriba Luna **64**
Un lugar puntual Sara y punto **68**
Prosa Multiverso Lucas Isaac Larson **70**
Afteronemartini Atoma **76**
Mundos Sonoros Sol Doria **80**
Pequeña biblioteca Eloy Conde **82**
QRacional Quibeza **84**
Portal Holístico Tere Osuna **85**

No se permite la reproducción total o parcial de esta edición, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico o mecánico, sin el permiso previo y por escrito del director.



DE MAR EN BAR

Los caminos que una canción decide recorrer

Hay artistas que escriben canciones. Y hay artistas que construyen caminos.

Desde hace más de dos décadas, **Pavel Núñez** ha hecho ambas cosas sin preocuparse demasiado por distinguir una de la otra. Quizás porque una canción siempre termina siendo eso: un lugar al que alguien llega después de haber recorrido una distancia que no sabía que necesitaba recorrer.

En esta edición de *Micromundos,* dedicada precisamente a los caminos, encontramos algo curioso. Mientras preparábamos la entrevista apareció un título que parecía estar esperándonos desde el principio: *De Mar en Bar*.

No es solo el nombre de un disco. Es casi una dirección. Una invitación. Un mapa.

El mar y el bar parecen pertenecer a mundos opuestos. Uno es inmenso, abierto, impredecible. El otro tiene techo, paredes y conversaciones que comienzan con un desconocido sentado en la mesa de al lado. Uno invita a partir. El otro invita a quedarse un rato más.

Y, sin embargo, ambos tienen algo en común. Los dos están llenos de historias.

Quizás por eso las canciones de Pavel siempre parecen estar caminando.

No hablan únicamente de amores o despedidas. Hablan de personas que cambian mientras atraviesan ciudades, silencios, pérdidas, reencuentros y horizontes. Personajes que llegan siendo unos y descubren, demasiado tarde para volver atrás, que el verdadero viaje ocurrió por dentro.

Durante nuestra conversación le preguntamos si *De Mar en Bar* representa una etapa distinta de su vida artística. La respuesta estaba presente incluso antes de pronunciarla.

No porque haya abandonado su esencia, sino porque las canciones también envejecen con quienes las escriben. Cambian de piel. Aprenden a respirar distinto. Conservan la misma voz, pero descubren nuevas maneras de mirar el mundo.

Tal vez esa sea una de las razones por las que su obra resulta tan cercana.

Nunca intenta impresionar. Prefiere conversar.

En una época donde los algoritmos premian lo inmediato y las canciones parecen competir por durar cada vez menos, Pavel continúa apostando por un oficio casi artesanal: contar historias.

Historias que no tienen prisa. Que permiten respirar entre una estrofa y la siguiente. Que dejan espacios para que el oyente complete aquello que la canción apenas insinúa.

Hay algo profundamente humano en esa elección. Como si todavía creyera que una melodía puede acompañarnos durante años. Como si una canción pudiera seguir caminando incluso después de que termina.

Quizás por eso, al escucharlo, uno tiene la sensación de estar frente a un trovador contemporáneo. No el personaje romántico que imaginamos viajando con una guitarra al hombro, sino alguien que continúa recorriendo países, escenarios y personas buscando exactamente lo mismo que buscaban aquellos viejos narradores: una buena historia que merezca ser cantada.

En nuestra conversacion también hablamos del mar. Del viaje. De Argentina. De la inspiración. Del compartir escenario con su hijo Ariel. Del lugar que ocupa hoy la canción de autor.

Pero, curiosamente, todas esas conversaciones terminaban desembocando en un mismo sitio: Los caminos.

Porque un camino no siempre conduce hacia adelante. A veces conduce hacia uno mismo. Y quizá esa sea la verdadera esencia de De Mar en Bar. No importa si el viaje comienza frente a un horizonte infinito o en una mesa donde alguien sirve café y otro afina una guitarra.

Lo importante es seguir caminando. Con curiosidad, con preguntas, con canciones.

Cuando dentro de muchos años alguien vuelva a escuchar este álbum, probablemente no recordará únicamente dónde estaba Pavel cuando escribió estas canciones. Recordará dónde estaba él mismo. Porque las grandes canciones tienen esa extraña costumbre de mezclarse con nuestra propia memoria. Terminan hablando menos de quien las escribió y mucho más de quien las escucha. Y entonces comprendemos que el camino nunca fue solamente del mar al bar.

Era del corazón hacia la música.

Y de la música, de regreso a nosotros.

LUNA
@lunaqueescribe



ME SALÍ DEL CAMINO A CAMINAR

Daniela Romero Pineda

El título de esta columna es uno de los pétalos lanzados al vacío de la canción “Contra Todos” de Robe. Un verso que sale a pasear por los alrededores de la mente de quien lo escucha. Unas letras que despliegan intuiciones difuminadas, pedazos de pensamiento flotando sin ningún hilo que les marque el camino de regreso.

Jamás hemos sabido ser los mismos. Estamos siempre empecinados en la tarea de colorear nuestras pieles para camuflarnos en las rayas de un tigre o en las manchas de un jaguar. Continuamente nos encontramos tarareando nuevas melodías para poder conversar con las hojas que caen de los árboles y que crujen bajo el paso del tiempo. Tallamos siluetas para inmortalizar la imperfección con los materiales más preciosos y repujamos en el brillo del oro el rostro de nuestra propia incompletitud.

Desde la mirada silvestre y aguda, a veces nos hallamos subiendo y bajando escaleras de caracol en nuestra mente. La poesía son esas escaleras: hace pulsar al mundo orbitaciones diferentes para enseñarle los rumbos que puede tomar de forma derecha al camino torcido.

Pero, ¿cuál es el verdadero material del arte? Sé que no es mármol, lienzo o geometría conjugada con algoritmos que trae consigo la expresión humana. Sin embargo, sí logro identificar en las letras de un poema o en las notas de una canción una forma diferente, pero jamás distante, de vernos a nosotros mismos.

La verdadera materia prima del arte es la percepción humana.

Cada vez que me entrego al acto desnudo y contemplativo de crear, puedo admitir que en cada acto de producción estoy alterando la manera en que otro ser humano experimenta la realidad. Es entrar en la arquitectura indescifrable de su sensibilidad. Esa afirmación de que el artista es un “arquitecto de mentes” y su arte es el medio por el que se moldean las ideas de los demás no es una mentira.



Por estas razones pienso al arte como el sendero más certero para descubrir la incertidumbre que habitamos. Por medio de las letras no solo expresamos nuestro dolor, sino que también lo hacemos legible. La poesía —y cualquier rama del arte en general— reorganiza nuestra relación con el mundo. Hace latir la existencia de forma diferente, saca a pasear la rutina de lo "convencional"; todo esto para develar que algunos hemos tenido el silencio suficiente como para hacer estallar el azar que esconde la existencia misma.

Por eso considero al artista como un constructor de caminos desconocidos y deshabitados, no porque nos muestre cosas que jamás habíamos visto, sino porque las enseña de una forma diferente para revelar la ceguera colectiva que padecemos sin ser conscientes: actualmente nada nos maravilla.

El mundo es extremadamente literal.

Desde esa distancia que se propone el poeta, desde ese ligero desvío de las rutas instruidas, las cosas más comunes recuperan su misterio. El poeta no solo desaprende la cultura, sino que también forja una visión propia —y colectiva— de esta.

Como artistas, nos salimos del camino a caminar. Sabemos echar raíces en tierras que jamás han aprendido a respirar, armamos rompecabezas en mentes que buscan piezas que no piden ser unidas.

Somos hierofantes de la percepción humana porque siempre nos estamos contando un nuevo relato de nosotros mismos, no porque queramos ser otros, sino porque justamente no sabemos lo que somos.

Del pasado nada puedo cambiar
El futuro lo estoy cambiando ya

DANIELA ROMERO PINEDA
@nani_rp_333



Enhebrando mis pasos, desafiando mi albedrío,
al soltarme los lazos me tropiezo hacia el vacío;
me levanto, sacudo mis rodillas polvorientas,
mi razón, continúo, voy a luces, voy a tientas.

De tu planta al tobillo hay kilómetros eternos,
de Sión a tu ombligo hay agostos, hay inviernos;
tengo, sí, el relieve de tus huellas incoherentes,
que me guían, desvían, me revelan y me mienten.

Certeza, utopía, tu verdad es mi descanso,
la pregunta cambias si tu respuesta la alcanzo;
tu trampa me clava, tu silencio me ensordece,
avanzo hacia a la nada, más mi incertidumbre crece.

Un bucle que me atrapa, Estocolmo placentero,
no te culpo yo de mí, mi martirio es porque quiero;
un iceberg de tropiezo, tu cuerpo es la sequoia,
me niega la llegada tu constante metanoia.

Mis pies ya no resisten, tu NO renueva mi fe,
se teje tus mentiras y va colgando de un NO SÉ;
selección múltiple das, no hay la correcta y atino
que el fin no es al fin llegar, es recorrer tus caminos.

ELEFANTE



DE LA EPOPEYA DE GILGAMESH A NUESTROS MÓVILES

Eloy Conde

Sé que voy a resultar predecible esta vez, conscientemente lo hago, y quiero por ello caer en este claro ejemplo de lo que un buen poema hace a lo largo del tiempo, permanecer. Todo poema sobrevive al tiempo con la gracia del juglar de la edad media, gracias al boca a boca, a su recuerdo en las mentes de quienes los escuchaban, de las almas que se quedaban prendados de ellos.

Y digo que voy a ser predecible porque no puedo empezar esta edición, dedicada a los caminos, sin el mejor poema que pueda existir en la literatura española, altamente conocido por todos, que precisamente se basa en el camino de la vida, simbolizando los designios de esta, manteniendo en el recuerdo lo pasado y manteniendo la expectación ante lo que está por llegar, lo desconocido.

Estoy hablando como ya habréis imaginado del poema “Proverbios y cantares (XXIX)” del enorme Antonio Machado, que podemos encontrar en su libro Campos de Castilla (1912).

Proverbios y cantares (XXIX)

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace el camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino
sino estelas en la mar.



Y volviendo a ser predecible, no puedo más que recomendaros una canción que debéis de escuchar, si no lo habéis hecho ya, que no es otra que “Cantares” de Joan Manuel Serrat que adapta y enriquece, enormemente glorificando, la voz de Antonio Machado y este poema con el que hemos comenzado nuestro camino.

Al igual que las sombras en la edición pasada, los caminos son una de las metáforas más potentes y utilizadas dentro de la poesía, jugando a ser destino, desconocimiento, desarrollo personal, eventos vitales pasados y por llegar, existencia, descubrimiento, libertad, y todo aquello que nuestra mente literaria pueda asociar a ellos.

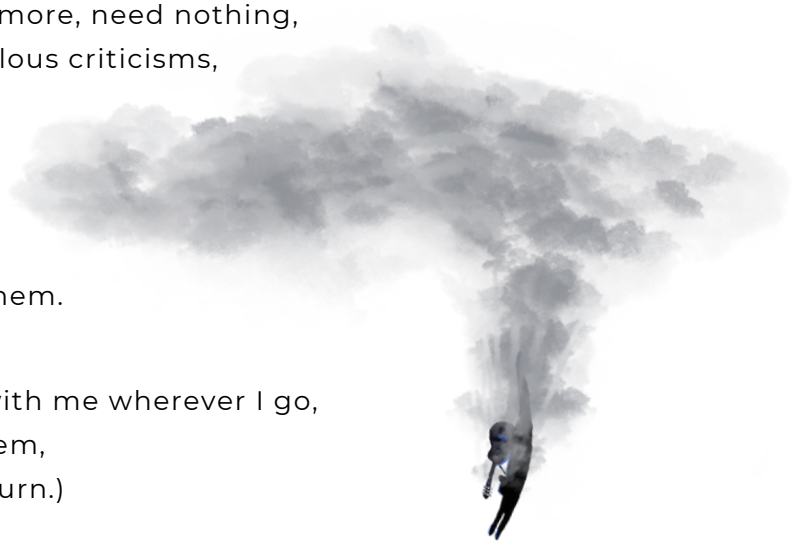
Para poder conocer más caminos escritos en el tiempo, vamos a saltar a otro de los grandes, saltamos el charco desde España y aterrizamos en los Estados Unidos, donde el poeta Walt Whitman nos regala otro camino, basado en la libertad y el autodescubrimiento, en la igualdad y en la importancia del viaje. Nos lo entrega en este poema de verso libre llamado “Song of the Open Road” (Canto del Camino Abierto) publicado en 1856. Un largo poema que está seccionado en 15 partes que no tienen ningún desperdicio y os recomiendo que busquéis para poder disfrutarlo en su totalidad, aquí os comparto su primera parte para que podáis abrir boca con esta maravilla, y un breve acercamiento al español para poder comprenderlo mejor.

1
Afoot and light-hearted, I take to the open road,
Healthy, free, the world before me,
The long brown path before me leading wherever I choose.

Henceforth I ask not good-fortune, I myself am good fortune,
Henceforth I whimper no more, postpone no more, need nothing,
Done with indoor complaints, libraries, querulous criticisms,
Strong and content I travel the open road.

The earth, that is sufficient,
I do not want the constellations any nearer,
I know they are very well where they are,
I know they suffice for those who belong to them.

(Still here I carry my old delicious burdens,
I carry them, men and women, I carry them with me wherever I go,
I swear it is impossible for me to get rid of them,
I am fill’d with them, and I will fill them in return.)



1
A pie y alegre salgo al camino abierto,
Sano, libre, el mundo delante de mí,
El largo camino marrón ante mí que conduce adonde yo elija.

De ahora en adelante no pido buena fortuna, yo mismo soy buena fortuna,
De ahora en adelante no lloriqueo más, no pospongo más, no necesito nada,
Hecho con quejas interiores, bibliotecas, críticas quejumbrosas,
Fuerte y contento viajo por el camino abierto.

La tierra, que es suficiente,
No quiero las constelaciones más cerca,
Sé que están muy bien donde están,
Sé que bastan para los que les pertenecen.



(Todavía aquí llevo mis viejas y deliciosas cargas,
Los llevo, hombres y mujeres, los llevo conmigo dondequiera que voy,
Te juro que me es imposible deshacerme de ellos,
Estoy lleno de ellos, y los llenaré a cambio).

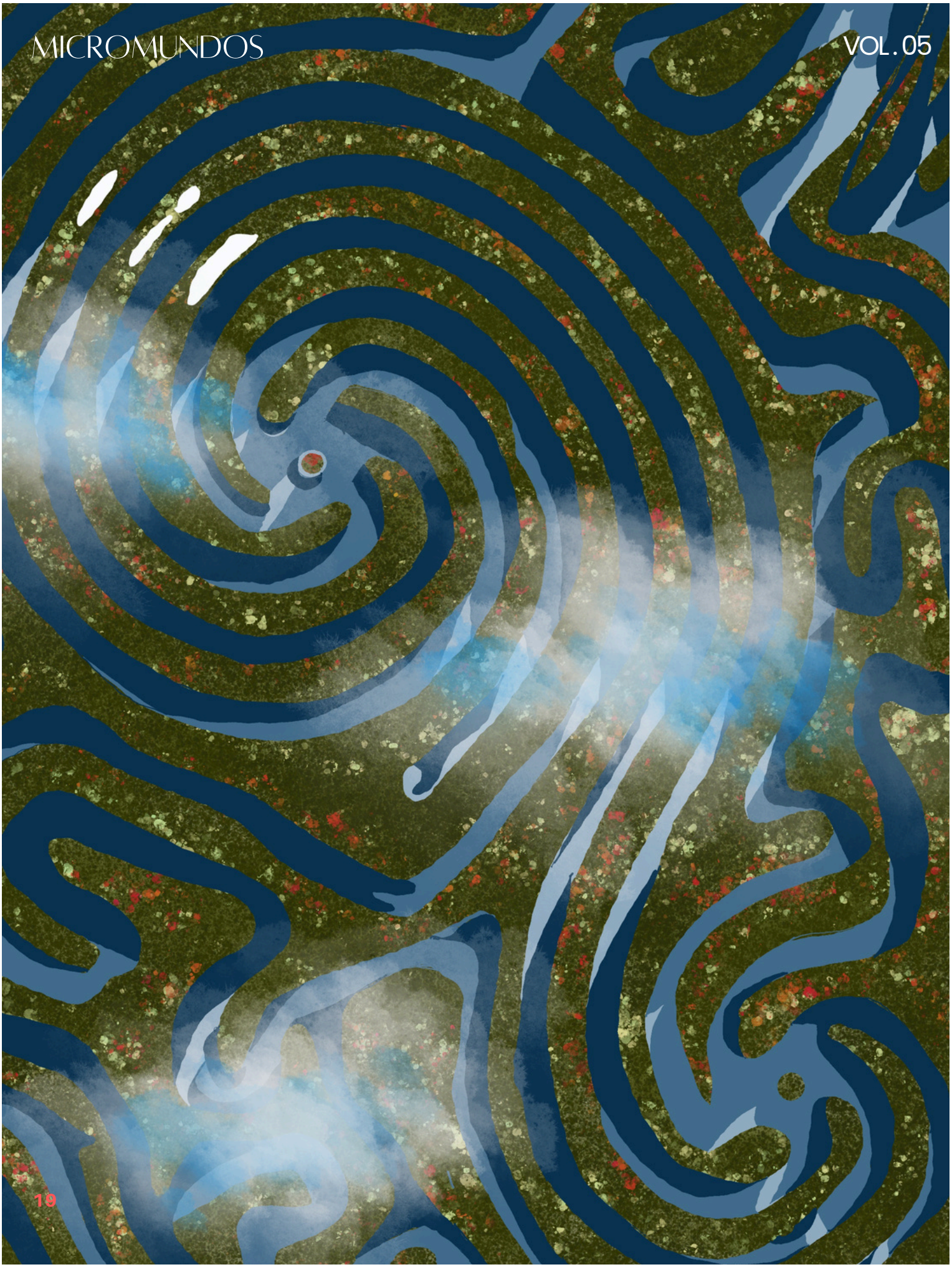
La propia poesía ha recorrido sus propios caminos, desde sus inicios en la antigüedad donde nació como tradición oral o los primeros poemas conocidos como la epopeya o poema de Gilgamesh, datado alrededor del 2500 a.C., hasta nuestra época actual donde los poemas inundan nuestros libros o nuestras canciones, así como viven en las pantallas de nuestros móviles fluyendo a altas velocidades, colándose en nuestro *scrolleo* continuado, calando nuestras mentes y nuestros corazones sin que nos demos casi cuenta.


Calle Luna
Calle Sol

¿Qué será del camino de la poesía y del poeta con el paso de los años? Aún no lo sabemos, pero sí que podemos seguir disfrutando de ella en todas sus versiones y modalidades, y compartiendo aquellos poemas que amamos con la gente que tenemos a nuestro alrededor, que sabemos que serán grandes embajadores y propagadores de esas hermosas palabras, como aquellos juglares de antaño.

Cuenta una leyenda,
que los inicios son la fórmula exacta,
de todos los caminos correctos.
Incluso en aquellos en los que los errores
forman parte de estos, con y sin miedos.

ELOY CONDE
@recitariopoetico



CAMINOS

Iñaki Sainz de Murieta

La vida nos lleva por caminos extraordinarios, pero también nos hace dar vueltas en vano, o eso consideramos cuando nos vemos dentro del laberinto. Una vez ahí, siendo adultos funcionales, rara vez albergamos esperanzas de salir. La presión es inmensa, al mismo tiempo que es harto difícil reconocerse en un mundo de ilusión y engaños. Mientras tanto, avanzamos a tientas, pausadamente y sin certezas. Y a pesar de esa agotadora parsimonia, lo más difícil es volver a recorrer lo andado y cerrar así las heridas de tiempos pasados, caiga quien caiga. Los terapeutas dicen que es sano. Cosa distinta son los tiempos de cada cual y las consecuencias de nuestras decisiones. No siempre se gana, o lo que es lo mismo: debemos acostumbrarnos a perder.

La búsqueda de nuestra propia identidad requiere de grandes sacrificios. Muchas veces nos vemos obligados a dejar atrás lo que no son sino jirones de nosotros mismos, para así poder seguir avanzando por los densos zarzales que se ciernen continuamente sobre nosotros. Como sea que decidamos movernos, nuestra sangre siempre nutrirá el sustrato de las malas hierbas. Es el precio a pagar si queremos obrar nuestra propia senda. En todo caso, nada impide llevar a nuestros hijos sobre los hombros. No para evitar laceraciones, sino para que puedan contemplar la salida y no pierdan la fe. Eso es lo más importante.

Pero, vivimos en un mundo extraño, distópico a nivel social y colectivo. Basta con prestar un mínimo de atención para comprender que muchas personas ya ni siquiera tienen una casa familiar a la que acudir cuando todo se tuerce, porque los hay que ni siquiera pueden reconocer como propio un espacio geográfico determinado. Son ciudadanos del mundo y vecinos de ningún sitio, a lo que nuestros abuelos dirían que son unos pobres diablos que no tienen dónde caerse muertos. Pero, curiosamente, hete aquí que el nomadismo ha vuelto con fuerza gracias a la digitalización masiva, pero ahora se practica desde la individualidad, que no como una respuesta coral a las necesidades del conjunto, como se hizo en el pasado. Es más, las familias rara vez tienen cabida en esta nueva moda, que hace de la movilidad geográfica y una baja fiscalidad su estandarte. Olvidamos fácilmente que incluso los incansables vencejos cesan de volar cuando crían. Hasta donde yo sé, los humanos no estamos hechos para volar más que ellos, pero es probable que esté equivocado.



Ya dice el refranero español que hacemos camino al andar, pero más importante es comprender que la perspectiva modula el horizonte. Según cómo nos situemos en el trazado, así serán nuestros pasos. Si quieres conflicto, encontrarás molinos de viento. Si ansías paz, hallarás campos de cereal. La amistad tenderá puentes cuando lo precises y la ira los quemará. Tú conformas el mapa de tus experiencias. Al otro extremo del camino quedará siempre el recuerdo de tu hogar, salvo que lo transites con tus hijos, pues ellos son, y siempre serán, nuestro verdadero hogar simbólico y emocional.

IÑAKI SAINZ DE MURIETA
@imurieta



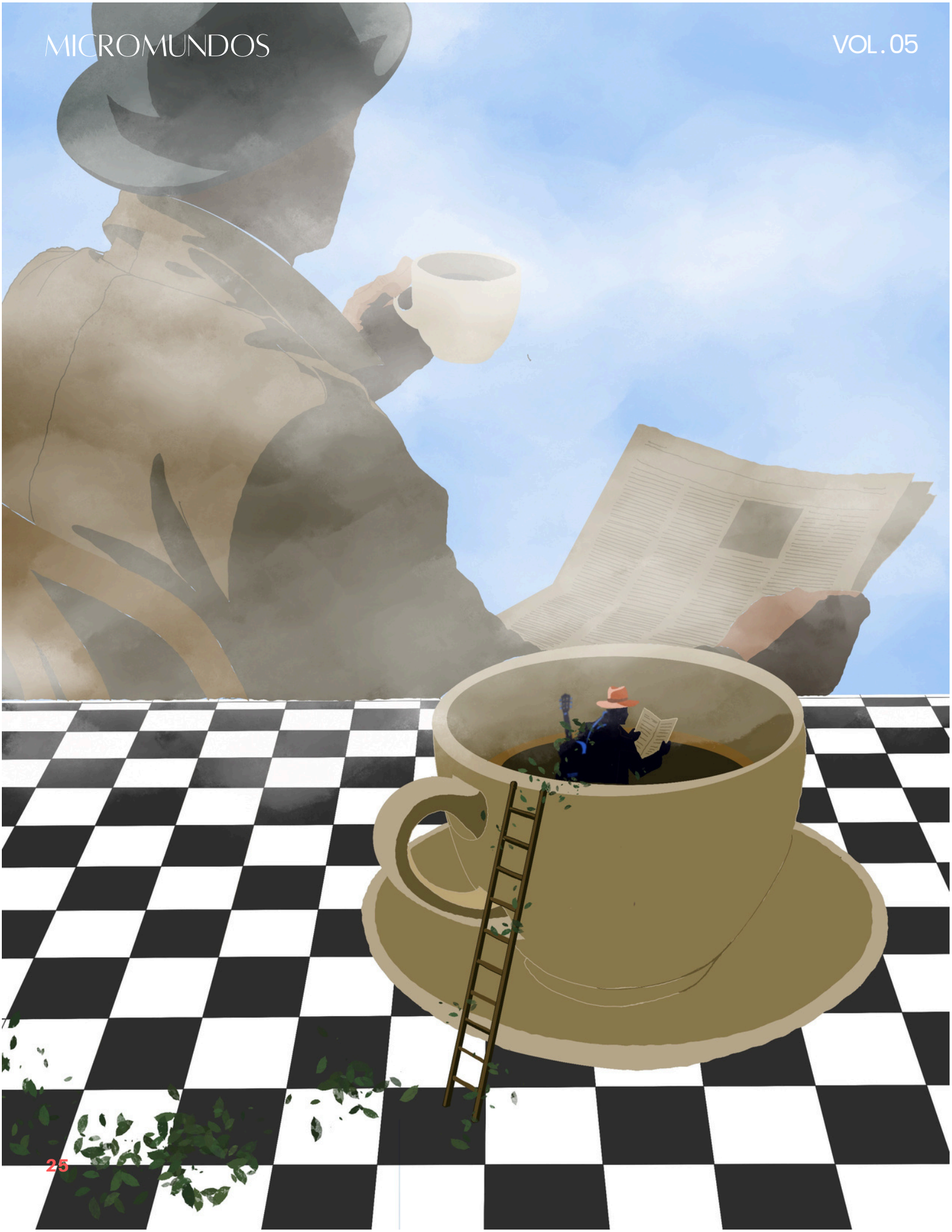
LIBERTAD

El libre albedrío
nos fue cedido como parte de la bendición sagrada,
porque eso somos,
pequeñas instancias individuales,
fractales de una existencia divina e infinita
en búsqueda permanente del conocimiento,
la experiencia y la evolución.

Nuestra despierta conciencia
nos permite visualizar caminos,
evaluar alternativas,
percibiendo profundo algunas como válidas
y también aquellas otras que definitivamente no lo son.
Ella además nos faculta
para discernir los colores,
los matices y los claroscuros,
acuarelas presentes en cada rama
de nuestro perenne pero dinámico árbol,
portador de insondables posibilidades,
del eterno bosque de espíritus
dentro del Supremo Gran Creador.
La inteligencia amplia, el aprendizaje y el criterio
nos permiten elegir en libertad,
haciéndonos artífices directos de sus frutos,
pero también responsables de sus impactos
y de sus costos por igual.

Explota tu libertad,
aprovecha tu libre albedrío,
elige sabiamente y crece al máximo,
y sobre todo,
sé feliz.
Eres divinidad.

LUCAS ISAAC LARSON
@lucas.isaac.writer



HE ANDADO MUCHOS CAMINOS

Salva J. Luzzy

No sé si habéis sentido alguna vez miedo de volver a un sitio.

No a un monumento, ni a un paisaje memorable, ni a uno de esos lugares que aparecen en las viejas fotografías de viajes. Hablo de un lugar cotidiano. Un bar, una calle o un banco del parque.

A mí me ocurrió tras la pandemia y después de una crisis personal que me obligó a reconstruir más cosas de las que esperaba. Durante mucho tiempo evité pasar por delante de una cafetería que había formado parte de mis rutinas. No tenía nada de especial. Y, sin embargo, pesaba. Pero un día decidí entrar.

Me senté junto a la ventana, pedí un café y miré la calle. Todo seguía prácticamente igual: el mismo camarero detrás de la barra, el mismo saludo cansado, las mismas mesas, el mismo ruido de tráfico entrando por la puerta. Pero algo había cambiado.

Ya no dolía. O, al menos, no del mismo modo.

Lo extraño era que no sabía cuándo había ocurrido. No recordaba ninguna conversación reveladora ni ninguna mañana en la que despertara sintiéndome mejor. Simplemente había sucedido. Como sucede el crecimiento de los árboles o el avance de las estaciones. Un día miras atrás y descubres que has recorrido una distancia enorme sin darte cuenta.

Creo que eso ocurre con algunos de los viajes más importantes de nuestra vida. Los que hacemos por dentro.

Cuando pensamos en un camino solemos imaginar movimiento. Una carretera. Un sendero. Un tren alejándose de una estación, un avión despegando. Pero los trayectos que más nos transforman rara vez se parecen a eso. A menudo ocurren mientras permanecemos aparentemente quietos.



Casi siempre aparecen después de una pérdida. De una ruptura. De una enfermedad. De una decepción que nos obliga a replantearnos quiénes somos. Durante esos periodos uno tiene la sensación de estar detenido. De estar sobreviviendo más que avanzando. Y, sin embargo, el camino continúa.

Quizá por eso llevamos miles de años contando la misma historia. La de alguien que parte hacia un lugar y regresa siendo otro. Está en Ulises tratando de volver a Ítaca, en el viajero de Robert Frost detenido ante una bifurcación del bosque y también en Machado, que había andado muchos caminos antes de comprender que el camino no estaba esperando delante de nosotros, sino que se iba construyendo mientras avanzábamos.

La vida se parece bastante a eso.

Pasamos años convencidos de que caminamos hacia una meta concreta. El trabajo soñado, una relación, una ciudad. Una versión definitiva de nosotros mismos. Y entonces la vida mueve una pieza del tablero. A veces es una enfermedad. A veces una pérdida. A veces alguien a quien queríamos decide seguir otro camino. Y descubrimos que todavía quedaba viaje. Que Ítaca no era el final, sino otra estación del trayecto.

Durante mucho tiempo pensé que eso significaba haber fracasado. Ahora creo que simplemente significa estar vivo. Porque vivir consiste, en buena medida, en volver a caminar cuando ya creíamos haber llegado.

También están los compañeros de viaje. Importan mucho más de lo que creemos. Los caminos cambian cuando dejamos de recorrerlos solos.

Hay compañeros que recorren a nuestro lado décadas enteras y hay otros que apenas aparecen durante un tramo breve del trayecto. Con el tiempo he aprendido que la duración no siempre determina la importancia. Hay personas que permanecen años junto a nosotros sin alterar demasiado el paisaje, mientras que hay otras que caminan apenas unos metros a nuestro lado y cambian para siempre la forma en que miramos el mundo.

Algunos amigos funcionan así. Algunos amores también.



Nunca he tenido claro qué nos lleva a elegir a determinadas personas y no a otras. A veces creemos que buscamos afinidades, gustos compartidos o proyectos comunes. Otras veces, nos mueve algo mucho más difícil de explicar. Una forma de mirar el mundo, una herida parecida. La sensación de haber encontrado a alguien que entiende una parte de nosotros que no solemos mostrar demasiado. Con los años también he descubierto algo incómodo. No siempre elegimos desde lo que somos. A veces elegimos desde lo que necesitamos. Y ambas cosas no siempre coinciden.

Quizá por eso algunos compañeros de viaje permanecen y otros desaparecen. Porque hay personas que llegan para acompañar una etapa concreta de nuestra vida y otras que consiguen caminar junto a nosotros incluso cuando el paisaje cambia. A veces tardamos años en comprender la diferencia.

Durante mucho tiempo creemos que el camino consiste en llegar juntos a alguna parte. Después comprendemos que, en ocasiones, el verdadero regalo fue simplemente compartir un tramo del recorrido.

Y, sin embargo, ni siquiera todos los caminos son realmente nuestros.

Nos gusta pensar que elegimos libremente cada dirección, pero no siempre es cierto. Hay senderos que heredamos. La familia en la que nacemos. La época que nos toca vivir. Las oportunidades que encontramos o que nunca aparecen. Las expectativas ajenas. Los miedos. Las circunstancias. Transitamos muchos de esos caminos pensando que nos alejan de donde queremos estar. Por eso se nos hacen largos. A veces, incluso, intransitables.

Durante mucho tiempo vemos esos senderos como desvíos. Como etapas que hay que soportar mientras esperamos que empiece la vida de verdad. Pensamos que nos alejan de nuestro destino, que nos hacen perder tiempo o que nos obligan a caminar por lugares donde nunca habríamos elegido estar. Pero al mirar atrás sucede algo curioso. Descubrimos que buena parte de lo que somos nació precisamente allí. En los caminos impuestos, en las estaciones inesperadas, en las derrotas y los retrasos. Como si la vida hubiera estado trabajando en nosotros mientras insistíamos en mirar hacia otra parte.



También he llegado a sospechar que una parte importante de la vida consiste precisamente en distinguir qué caminos elegimos nosotros y cuáles fueron elegidos por otros. Y que eso importa más de lo que creemos.

Hace muchos años escuché una reflexión que no he olvidado. La dijo un amigo de mi madre. Había pasado buena parte de su juventud escondiendo quién era en una época que no se lo ponía fácil a nadie que se saliera del camino marcado.

Una tarde me confesó que a veces hablamos demasiado de los caminos recorridos y demasiado poco de los caminos prohibidos. No todo el mundo ha tenido la posibilidad de detenerse, dar media vuelta y escoger otra dirección. Hay personas que pasan años caminando por donde les han permitido caminar.

Y añadió algo que todavía me acompaña: que encontrar el propio sendero exige, a veces, más valor que recorrerlo.

He recordado muchas veces aquella conversación. Porque quizá el sentido de un camino no esté en llegar antes ni más lejos. Ni siquiera en tomar siempre la decisión correcta. Tal vez consista en algo más humilde: seguir avanzando. Aprender mientras avanzamos. Y reconocer, cuando miramos atrás, que incluso los desvíos, las equivocaciones y los regresos formaban parte del trayecto.

Por eso, aquel día en la cafetería, algo cambió. Pagué, miré bien a mi alrededor y me despedí de aquel sitio.

Pero antes de cruzar la calle me detuve un momento. No sentí alivio. Tampoco tristeza.

Sentí la extraña certeza de que llevaba mucho tiempo caminando sin darme cuenta.

Y pensé que quizá todos acabamos pasando media vida preguntándonos qué camino debemos tomar.

Cuando tal vez la verdadera pregunta sea cómo reconocerlo cuando por fin estamos en él.

SALVA J. LUZZY
@s.j.luzzy



EL CAMINO

Y fue. Fue que te conocí
y bailé,
incluso antes de caminar.

Aunque te vi por momentos,
te sentía hasta en el viento,
y en poco tiempo, hablaba chapín.

Este sendero hacia ti
me llevó por pasillos de hotel;
sus paredes y alfombras,
que a nadie asombran,
fueron testigos de un cambio de piel.

Nos escribimos a diario,
armando planes,
hilando sueños
sobre cimientos de malva
y boletos de avión.

¿Por qué caminar,
cuando puedes correr?

DANTE SALVAT



LA CREÍAN MUERTA

Leonel Flores

Se aferraba a la ladera de la montaña todas las mañanas desde 1984.

Ya habían pasado unos cinco años desde que el páramo de La Culata se la tragó. Se la comió viva. Los primeros meses la buscaron con helicópteros y expertos en rescate, pero fue infructuoso. A Blanca Carrillo Troconis la dieron por muerta. Pensaban que tal vez había rodado por la montaña y que el río había destrozado su cuerpo.

—¿A quién se le ocurre meterse en esta montaña del carajo? —dijo el inspector Silverio Larrazábal después de pasar veinticuatro horas dirigiendo la búsqueda.

Los primeros días, tras saberse perdida, Blanca se adentró en la montaña dejando señales. Pequeños cordeles azules amarrados a las ramas de los árboles. Días después se dio cuenta de que caminaba en círculos. Los cordeles habían desaparecido, pero los frailejones y dos grandes árboles de eucalipto le dieron una señal de alerta. Era como si la montaña cerrara unos caminos y abriera otros.

Su vida la había dedicado al senderismo. Fue la primera mujer que coronó algunas de las cimas más importantes del mundo. Pero nunca había escalado una montaña en su propia tierra. El día que lo hizo, la montaña la abrazó.

Blanca pasó días enteros buscando una explicación. Con su pequeña hacha surcó caminos, apartó la maleza y derribó árboles. Sobrevivir se volvió una rutina. Dormir al pie de los eucaliptos terminó siendo placentero. La luna y el cielo despejado fueron su techo.

No se daba por vencida y la naturaleza tampoco. Los senderos terminaban cubiertos de vegetación. Todo crecía demasiado rápido. Bastaba una sola noche para que un camino desapareciera.

Una mañana, cuando el sol comenzaba a elevarse, se arrodilló e imploró perdón a la montaña. También le pidió a Gaia que la ayudara a salir.

— Señora que habitas la Tierra, no merezco este encierro, esta condena. Tu hija, la montaña, se ha apoderado de mí. No quiere soltarme. Aunque parezco libre, no lo soy.

Vivo en sus entrañas. Gaia, Tú que eres su alma, pídele que me deje marchar y que me perdone si profané Tu imperio. Que me abra los caminos. Sé que me creen muerta. Solo Tú puedes ayudarme. Me has visto andar por las montañas del mundo. Tú, más que nadie, has sentido mi alma ser feliz.

Todas las mañanas recitaba su súplica. A veces olvidaba algunas palabras, pero terminó convirtiéndose en una oración dirigida a otro dios que tampoco había visto y que parecía no escuchar.

Muy cerca de los grandes eucaliptos había un pequeño riachuelo de aguas tibias y cristalinas. Por las tardes, Blanca se lanzaba al agua y dejaba que la corriente la acariciara. Después, el viento agitaba los árboles mientras ella caminaba desnuda en busca del sol.

Así fue su nueva vida.

Se cansó de abrir caminos. Gaia no intercedía. Permanecía del lado de la montaña. Blanca ya era parte del páramo.

Un día extrañó besar. Extrañó sentir.

Con los ojos cerrados se aferró al tronco de un árbol y besó su áspera corteza. Pensó en aquel primer beso desafortunado del colegio. Julián, con sus dientes grandes y amarillentos, pero con una sonrisa altiva.

Sonrió.

Empezó a disfrutar de los recuerdos. La montaña no pudo cercenar su capacidad de imaginar. Tampoco la de recordar. Allí era libre.

También aprendió a alimentarse y a calentarse con lo que encontraba. Se hizo experta en cazar pájaros pequeños, casi sin carne. Los peces eran más robustos, aunque difíciles de capturar. Improvisó armas y fabricó una tarraya con los restos de su ropa. Comía hojas y bebía agua del riachuelo. En los días más fríos encendía una hoguera y dormía junto al fuego.

Con el paso del tiempo, descubrió que la montaña le había otorgado unos ciento cincuenta metros cuadrados.

Por fin era propietaria.

Contó los pasos de su territorio e hizo una pequeña zanja que servía de frontera. Nada debía cruzar a su Estado soberano.

Para ella, los días tenían nombres según el clima: lluvia, sol, frío, viento, niebla, granizo y tormenta. A veces, el Día Lluvia duraba poco y llegaba el Día Sol. Otras veces, el Día Niebla se imponía durante semanas. El tiempo pasaba tan rápido como un ave.

Así fue organizando su existencia, entre el olor a eucalipto y la brisa de las mañanas. Con los caminos cerrados. Con Gaia ausente.

Una tarde de niebla que venció al sol, Blanca Carrillo Troconis paseaba por su pequeña nación cuando un venado, de esos que rara vez se ven en aquellas montañas, apareció entre el matorral.

Estaba fuera de sus límites, pero ella vio carne suficiente para muchos días.

Corrió, le persiguió con la rapidez de una liebre. Descendieron ladera abajo por un camino de piedras que la condujo hasta una vieja casa de barro pintada de azul. Dos helechos colgaban como pendientes de sus largas ventanas.

Allí se detuvo.

Respiraba agitadamente y empuñaba su lanza de madera.

A su derecha, vio luces. Escuchó música y gritos. Miró al cielo y vio fuegos artificiales. Un tumulto de niños corría de un lado a otro.

Los pequeños la vieron allí, con el cabello largo y blanco, desgarbada, desnuda y sonriendo con una extraña mezcla de sorpresa y felicidad.

—¡Una bruja! ¡Una bruja! —gritó Joaquín señalándola con sus pequeños dedos.

La turba infantil huyó despavorida. Sus gritos se confundieron con la música y los fuegos artificiales.

Aquel tres de junio de dos mil veintiséis, la montaña abrió sus caminos y devolvió al mundo a su huésped.

Cuarenta y dos años vivió Blanca entre pájaros, peces y eucaliptos.

Sin camino.

El diario Los Andes reseñó:

MISTERIOSA REAPARICIÓN EN EL PÁRAMO DE LA CULATA

Mujer desaparecida en 1984 reaparece 42 años después en Mérida

Mérida, 2 de junio de 2026. — Lo que parecía una de las desapariciones más enigmáticas de la historia reciente de los Andes venezolanos ha dado un giro inesperado. Blanca Carrillo Troconis, quien fue reportada como desaparecida en el Páramo de La Culata el 17 de agosto de 1984, fue localizada con vida la noche de este lunes en las cercanías de una antigua ruta de excursionismo utilizada por arrieros de la zona.

La mujer, cuya desaparición movilizó durante semanas a organismos de rescate, familiares y habitantes de las poblaciones cercanas, tenía veintisiete años cuando fue vista por última vez.

Según los registros oficiales, Carrillo Troconis realizaba una caminata cuando desapareció. A pesar de las extensas labores de búsqueda realizadas en aquel momento, nunca se encontró rastro alguno de ella.

Lo más desconcertante del caso es el estado físico en el que fue hallada.

De acuerdo con fuentes médicas consultadas por este medio, la mujer asegura llamarse Blanca Carrillo Troconis y recuerda con claridad los acontecimientos ocurridos antes de su desaparición.

—Me perdí ayer —habría declarado a los rescatistas que llegaron hasta el lugar.

Las autoridades mantienen hermetismo sobre los detalles de la investigación mientras se realizan pruebas de identidad, estudios médicos y evaluaciones psicológicas para determinar las circunstancias que rodean este extraordinario caso.

Familiares de Blanca Carrillo Troconis, algunos de los cuales nacieron años después de su desaparición, acudieron al centro asistencial donde permanece bajo observación. La escena estuvo marcada por la incredulidad, el desconcierto y la emoción.

Durante décadas, la desaparición de Carrillo Troconis alimentó numerosas leyendas locales. Habitantes de la región hablaban de extrañas luces en las montañas, caminos que aparecían y desaparecían entre la neblina y relatos de excursionistas que afirmaban haber visto a una mujer desnuda caminando sola por el páramo.

Hoy, cuarenta y dos años después, el misterio parece más profundo que nunca.

Las autoridades anunciaron que ofrecerán una rueda de prensa en los próximos días para informar sobre los avances de una investigación que ya ha despertado interés nacional e internacional.

LEONEL FLORES
@una_pulgada_de_cuentos



TODOS LOS CAMINOS

Cristina Carrizo Altuzarra

Siempre me ha hecho gracia esa frase que dice que todos los caminos llevan a Roma. No estoy tan segura.

Creo que, en realidad, todos los caminos deberían llevarnos a nosotros mismos. Al fin y al cabo, pasamos media vida decidiendo quiénes queremos ser.

Elegimos qué estudiar, dónde vivir, a quién querer, cuándo marcharnos y cuándo quedarnos. Elegimos incluso cuando creemos que no lo estamos haciendo.

Hay caminos que recorremos convencidos, como si fueran una línea recta perfecta. Otros los atravesamos con miedo, tanteando las paredes y evitando acabar en un callejón sin salida. Otros, nos devuelven al lugar del que partimos para empezar de nuevo, aunque ya no seamos los mismos.

Durante mucho tiempo pensé que lo importante era llegar. Cumplir objetivos, alcanzar metas, tachar tareas de la lista. Pero ya no lo tengo tan claro. Quizá porque la vida me ha enseñado que lo importante no es llegar, sino caminar. La mayor parte de nuestra existencia la pasamos así: andando.

Y, aunque haya días en los que el camino pese tanto que parezca que hay arenas movedizas bajo los pies, continuamos avanzando, aunque sea despacio, aunque solo sean unos metros.

Y, sin darnos cuenta, vamos haciéndonos más fuertes con cada piedra, cada tropiezo, cada obstáculo que conseguimos atravesar.

Cada día cruzo miles de caminos. Algunos los atravieso, otros los rodeo y algunos me atrevo a saltarlos. Cada decisión es un camino. Cada renuncia también.

Por eso me gusta cambiar de ruta cuando paseo con mis hijos. Tomar una calle distinta. Entrar por otra puerta. Doblar una esquina nueva.



No porque lleguemos antes, sino porque siempre descubrimos algo nuevo. Me gusta que aprendan que no existe una única forma de llegar. Que a veces el mejor camino es el más largo. Que perderse también forma parte de la aventura. Y que no siempre hay que caminar. A veces también hay que saber detenerse.

Sentarse en el margen del camino.

Mirar el río, lanzar una piedra al agua, observar el paisaje. Porque la vida no ocurre únicamente en el trayecto. También sucede en las pausas. En esos márgenes donde recuperamos el aliento y nos dejamos llevar.

Como dice aquel verso de Antonio Machado: "Caminante, no hay camino, se hace camino al andar."

Y tal vez sea verdad. Tal vez el camino no nos esté esperando en ninguna parte y lo vayamos construyendo, paso a paso, al avanzar, y de vez en cuando, nos detengamos en los márgenes solo por el placer de mirar.

CRISTINA CARRIZO ALTUZARRA
@cristina_altuzarra


Denver
San Francisco
ON THE ROAD
MOTEL
VACANCY

"LIFE IS A JOURNEY, NOT A DESTINATION."
AMAZING, AEROSMITH

Me dejé llevar por mis primitivos conocimientos de la cultura pop y pensé en usar de inspiración para esta columna **On the Road**, cinta de 2012 basada en la novela homónima de Jack Kerouac, uno de los estandartes literarios de la Generación Beat.

Antes de comenzar **Suspensión de Incredulidad**, donde "*sentipensamos*" el cine y las series, debo confesarles dos cosas: no he leído la novela y no me fascinó la película. Sin embargo, me regaló la idea central de esta edición. Los viajes continuos y caóticos de sus protagonistas demuestran que no todos los caminos siguen una línea recta. De hecho, muchas veces se emprenden sin pensar demasiado en la meta.

Y es precisamente ahí donde comienza mi reflexión.

Sal Paradise y Dean Moriarty se lanzan a la búsqueda a través de excesos, impulsos y malas decisiones. Sal, un escritor que arrastra un manuscrito inconcluso, ve en Dean no solo a un amigo, sino a una fuerza de la naturaleza a la que le cuesta decir no, incluso cuando eso lo conduce a situaciones incómodas o riesgosas.

Para alguien conservador y de cierta edad como yo, se trata de un trayecto irresponsable e insostenible. Pero, probablemente, eso era lo último que les preocupaba. Además, ¿quién soy yo para juzgarlos?

Lo que sí me parece interesante es que la película plantea una pregunta que muchas otras historias han intentado responder: **¿qué estamos buscando realmente cuando emprendemos un camino?**

En contraposición, y quizás para enmendar mi juicio inicial, traigo cuatro recomendaciones que reflejan distintas formas de recorrer caminos: dos de la pantalla grande, una serie anime y, ¿por qué no?, un libro.

La saga de El Señor de los Anillos relata una aventura hasta que Frodo llega a Mordor, aunque el verdadero viaje ocurre en su interior. Entre experiencias improbables y coincidencias sorprendentes, Forrest Gump emprende una corrida de miles y miles de kilómetros sin saber exactamente por qué; así como comenzó, un día simplemente se detiene.

En Ángel, la Niña de las Flores (*Hana no Ko Lunlun* en japonés), vemos a su protagonista recorrer el mundo en busca de la Flor de los Siete Colores para (*spoiler alert*) descubrir finalmente que aquello que buscaba había estado mucho más cerca de lo que imaginaba. Algo similar ocurre en El Alquimista de Paulo Coelho. Santiago abandona su pueblo en Andalucía siguiendo un sueño y viaja hasta Egipto en busca de un tesoro. Tras innumerables experiencias y aprendizajes, recibe la información que necesitaba para descubrir que aquello que perseguía se encontraba justo en el lugar donde comenzó su aventura.

Las dos últimas referencias comparten una alegoría tan antigua como universal: a veces necesitamos alejarnos para poder reconocer lo que siempre estuvo frente a nosotros. El viaje no era una pérdida de tiempo; era la preparación necesaria para comprender el significado de aquello que buscábamos.

Quizás por eso On the Road me resultó interesante a pesar de no haberme gustado demasiado. Mientras Ángel y Santiago encuentran algo al final de sus travesías, Dean Moriarty parece enamorado únicamente del movimiento. Y no todos los caminos conducen a una revelación; algunos son simplemente una huida.

Volviendo a la inspiración musical de esta columna, ese verso icónico en la voz de mi tocayo **Steven Tyler** nos ha hecho asentir con la cabeza en incontables ocasiones. Sin embargo, seguimos viviendo como si lo único importante fuera la línea de meta o el siguiente objetivo que nos trazamos. En estos tiempos de hiperproductividad, vale la pena recordar que también existe valor en el trayecto que nos transforma.

Y tú, ¿crees que el camino es más importante que el destino? O, por el contrario, ¿crees que la meta es la mejor excusa para emprender el camino?

Referencias

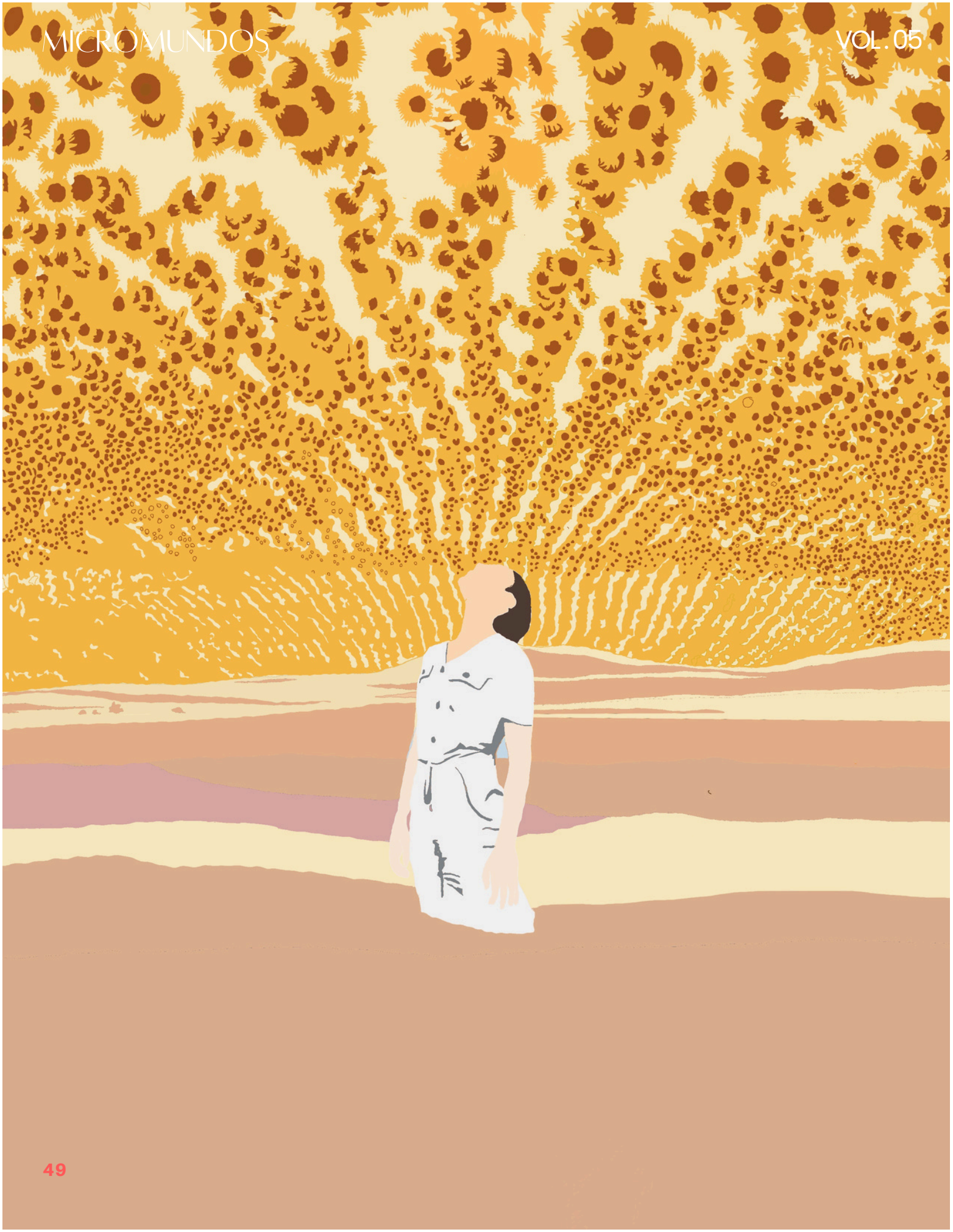
On the Road, Walter Salles, 2012.
The Lord of the Rings Trilogy, Peter Jackson, 2001–2003.
Forrest Gump, Robert Zemeckis, 1994.
Hana no Ko Lunlun (Ángel, la Niña de las Flores), Shiro Jinbo, 1979–1980.
El Alquimista, Paulo Coelho, 1988.

ESTEBAN GIRÓN
@EstebanGiron

CARTOGRAFÍA ERRÁTICA

Al contrario de lo que se avisa, os invito a salir del camino, a llegar a esas horas afiladas donde una duda, donde una lágrima pesa más que toda la tierra. Donde la sed brota del destino.
Al contrario de lo que se piensa, os invito a escuchar, allí, peregrinos, lo que vuestro ángel encadenado tenga que deciros. Aquel que fuimos condenando, poco a poco, a través de los años.
No tengáis miedo.
Aquí, los valientes son los que lo entienden y se rinden
Aquí los valientes son los que después lo liberan.

SANTIAGO EXPÓSITO AMARO
@entre_la_luz_y_las_sombras



CAMINOS ERRANTES

A veces creemos que hemos tomado el camino correcto.

Escribo desde la emoción que puede causar un cambio de vida.
Con expectativas pero también desaciertos, miedos, silencios y frustraciones.
Todas esas sensaciones que sienten tanto el cuerpo como el alma.
Llenos de momentos que están allí escondidos en nuestras mentes y que nos llevan a tomar decisiones erróneas.
Hoy escucho mi corazón que todavía grita en silencio esas pérdidas que aún duelen.
Sin embargo, mi alma sigue intacta sin perdonarme por haber tomado esa decisión.
Y mil veces me pregunté por qué…
Por qué la vida o quizás el destino me llevó por ese camino sinuoso y tortuoso que me lastimó hasta mi profundo ser.
Es que ese desacierto, ¿habría sido necesario?
Habrá sido un aprendizaje que la vida me tenía preparada porque no supe ver que lo esencial es invisible a los ojos.
Habrá sido una enseñanza que la vida me dejó para alejarme de todo y de todos.
Porque hoy aprendí que en esta vida NADIE SE SALVA SOLO.

NANCY NOCELLI
@nancy.laescritora


ELLA ME ENSEÑÓ A BESAR
SOBRE LAS NUBES
DE LA INSPIRACIÓN

EL CAMINO DE LA ESCRITURA DESDE MI LUGAR

Escribir desde el interior: notas personales sobre el camino de la heroína

Sandra Lambertucci

Durante mucho tiempo creí que escribir consistía únicamente en sentarse frente a una página y encontrar las palabras adecuadas. Con los años entendí que la escritura tiene otras exigencias menos visibles: aprender a sostener una voz, construir un tiempo propio y defender una mirada aun cuando el entorno parezca sugerir que existen lugares más autorizados para producir literatura.

Nací en Buenos Aires, pero mi historia como escritora se volvió verdadera en Zapala.

Y digo verdadera no porque el origen carezca de importancia, sino porque fue en esta ciudad donde aprendí que una obra no se construye solo con lecturas y oficio. También intervienen el territorio, las personas, los silencios, las conversaciones, las horas fragmentadas y esa obstinación difícil de explicar que lleva a seguir escribiendo incluso cuando nadie garantiza que habrá lectores esperando del otro lado.

Crecí dentro de una tradición cultural que durante décadas pareció organizar el mapa literario argentino en torno a ciertos centros de legitimación. Algunas voces circulaban con mayor naturalidad; otras debían abrirse paso entre preguntas que rara vez se formulaban de manera explícita, pero estaban ahí: desde dónde se escribe, quién publica, quién es leído, quién permanece.

Con el tiempo dejé de pensar esas preguntas como obstáculos personales.

Empecé a entenderlas como parte de una experiencia compartida por muchas mujeres que escribimos desde el interior.

Porque escribir siendo mujer implica una relación particular con el tiempo. El tiempo de la escritura casi nunca llega intacto. Se conquista. Se negocia. Se arma con fragmentos. Se sostiene entre clases, trabajo, responsabilidades, proyectos colectivos y todo aquello que también forma parte de una vida.

En mi caso, la escritura convivió siempre con la docencia.

Soy Profesora en Letras y ejerzo en formación superior. Enseñar literatura me permitió descubrir algo que después confirmé en mis propios libros: escribir no consiste únicamente en producir textos; también implica aprender a leer el mundo y aceptar que ciertas preguntas no encuentran respuestas rápidas.

Quizá por eso nunca me sentí atraída por historias que buscan cerrar aquello que nombran.

Mis novelas nacieron de inquietudes que me acompañaban mucho antes de convertirse en argumento.

En Cara o Cruz apareció la violencia entre jóvenes y esa zona inquietante donde el individuo parece diluirse dentro del grupo. En Elle me acerqué a las preguntas por la identidad y por las formas en que el patriarcado intenta definir aquello que pertenece al territorio íntimo de una persona. En Reformadas quise explorar las marcas de la violencia intrafamiliar y las consecuencias que sobreviven incluso cuando alguien consigue salir del lugar donde fue herido.

Cuando miro ese recorrido descubro algo que antes no veía con claridad.

Mis libros nunca estuvieron demasiado lejos entre sí.

Todos intentan comprender qué ocurre cuando alguien busca recuperar el derecho a nombrarse.

Y quizá esa pregunta también atraviese mi propia experiencia como escritora.

Durante años pensé el camino literario en términos de trabajo, disciplina y continuidad. Más adelante encontré el concepto del camino de la heroína y algo empezó a ordenarse de otro modo.

A diferencia del héroe clásico, cuya historia suele avanzar hacia una conquista exterior, la heroína atraviesa procesos de integración. El movimiento ocurre hacia adentro y hacia adelante al mismo tiempo. No busca regresar transformada para ocupar un trono; intenta construir una existencia donde las distintas partes de sí puedan convivir.

Reconocí algo de ese recorrido en mi experiencia.

No porque me piense como personaje ni porque crea en relatos idealizados sobre el esfuerzo individual. Lo reconocí en otra cosa: en el aprendizaje de escribir sin esperar autorización.

Ese proceso también modificó mi manera de entender el lugar del reconocimiento.

Participar durante años en FILBA, compartir espacios con distintas editoriales, integrar ferias internacionales del libro en Italia, Alemania, México, Perú y Colombia o recibir invitaciones para presentar mis novelas son experiencias que agradezco profundamente. También lo fue ver cómo Cara o Cruz encontraba una nueva forma en el lenguaje audiovisual.

Pero hubo otro descubrimiento que terminó siendo igual de importante.

Comprendí que mi relación con la literatura no terminaba en mis propios libros.

Por eso sostengo un programa radial, Los Quijotes de nuestras Manchas, dedicado a difundir escritores locales y provinciales. Por eso acompaño procesos de escritura en talleres para jóvenes y adultos. Por eso sigo creyendo que el trabajo cultural adquiere sentido cuando genera circulación, conversación y encuentros.

Durante mucho tiempo se habló del interior como si fuera una condición de distancia.

Mi experiencia fue distinta.

Escribir desde Zapala me enseñó cercanía.

La cercanía con los lectores, con los estudiantes, con otros escritores, con las historias que todavía no encontraron forma. También me enseñó que la literatura puede suceder lejos de cualquier centro simbólico y aun así conservar intensidad, riesgo y profundidad.

Hace pocos días terminé dos nouvelles. Una cuenta la historia de una escritora que



termina siendo alcanzada por su propia ficción. La otra abre una saga de fantasía protagonizada por una niña capaz de sanar corazones rotos.

Todavía están en proceso de relectura.

Me gusta pensar ese momento como una metáfora discreta del oficio.

Nunca llegamos del todo.

Siempre hay otra página esperando.

Hoy, cuando miro hacia atrás, ya no pienso el camino de la heroína como una llegada ni como una conquista.

Lo pienso como una práctica.

Escribir.

Volver a escribir.

Acompañar.

Compartir.

Seguir imaginando desde el lugar que habitamos hasta descubrir que, en realidad, nunca fue un margen.

Era el centro de nuestra propia voz.

SANDRA LAMBERTUCCI
@sandralambertucciok



DOS MANERAS DE DECIR NOELIA

Malena Rodriguez Meilán

¿Te acuerdas, madre? Las tardes de verano en la infancia. Esas que comíamos helados, jugábamos todo el día y vivíamos sin preocupaciones. Son recuerdos lindos, ¿sabes? Esos sí los agradezco. Pasan como un baño de sol por mi frente cuando esos pensamientos quieren volver. Sí, recuerdo mi infancia, sí puedo decir que hubo cosas que me hicieron muy feliz. Y no, no lo hago por alardear, en realidad lo hago porque, si te explico mis razones, quiero que me veas entera, porque quizás ya te olvidaste de aquella Noelia que no sufría.

¡Cómo extraño a Wendy! La primera y única perrita de la familia. Todavía conservo su foto de cuando llegó a casa con apenas unas semanas de vida. Movía la colita como si no hubiera mañana, y apenas me veía me hacía un gesto para que le hiciera upa. Yo la subía y la dejaba bien cerquita de mi pecho, a lo que ella me llenaba de besos el mentón. Ese calorcito en el pecho todavía lo recuerdo, se sentía como si estuviera haciendo algo bien. Como si por fin la vida se pusiera en frente mío para decirme: “vas bien, no te preocupes.”

Y así aparece ese primer día en la escuela que no olvidaré nunca. Yo tenía mis trenzas hechas. Ese día eran unas trenzas especiales, realizadas con el mayor cariño, el mayor orgullo y la mayor dedicación que una madre puede tener. A eso quiero volver. A la vida que supone un arcoíris. A esa vida que no pesa. A esa vida llena de besos, abrazos y caricias. A esa vida especular, donde el reflejo brillaba y enaltecía. Donde desear se volvía hábito y había un rayito de esperanza que te movía hacia delante.

Y ahora el deseo se me escurre entre las manos. Ya no deseo nada. Ninguna cosa en el mundo me hace avanzar. Nada en mí se parece a esa niña que reía. ¿Hace cuánto no veo una sonrisa en mi rostro? Ya no sé ni cómo me quedaría. Quizás me dirías: “Te queda preciosa”. La preciosura de la vida, eso nos falta. ¿Dónde se halla? Porque yo la perdí hace rato, en esa niña que fui. Por eso pienso que hay dos maneras de decir Noelia: la alegre y la triste, pero esa Noelia triste es la que más me pesa.

Me pesa desde los trece años. Cuando me dieron mi diagnóstico psiquiátrico. ¿Qué puedo decir yo de la normalidad, si no la conozco? Desde muy chica aprendí la palabra “embargo” acompañada de “perder”. Perderlo todo: la casa de mi infancia y la infancia misma. Perder la cordura, perder a mi niña. No me cuidé, lo sé. Y es algo que solo me


"Eres el espejo
en el que
quiero verme."

corresponde a mí. No te sientas culpable, mamá. No hiciste nada. Solo que esta soy yo ahora, la Noelia triste que malgasta las horas entre recuerdos perdidos.

Hablando de perder, perder la virginidad por un abuso, no es perder. Es ser robada. ¿Qué se roba? La dignidad, el respeto. La única oportunidad de decir que valgo. Y luego otro. Dos abusos en una misma adolescencia. Dos a uno. La desidia por sobre la lógica. Y así siempre, en este mundo perverso. Yo sé, como me decís siempre, que soy demasiado joven para cancelar mi futuro, ¿pero qué otro futuro me queda si mi mente es puro pasado? Si hay miles de clavos en mi cabeza, mi corazón y mi alma.

Mi cuerpo también está herido, y es un hecho que se sabe. Que se ve a simple vista. ¿Te acuerdas del 2022, madre? Yo recuerdo todo. La locura. La decisión, el arrebato. El viento gélido rozándome la cara y un leve espasmo de ensoñación cuando di contra la acera de cemento. Me tiré. Simplemente me tiré. Por no poder sostener más una vida sin sentido. Pero sigo viva. A pesar del intento de suicidio. Y parapléjica. ¿Cómo le explico al mundo que este cuerpo que intentan mantener es una masa de carne que ya no me sirve y que ya no respeto?

Madre, acuérdate. Hay dos maneras de decir Noelia. Yo quiero que vuelva la Noelia de antes. Por eso hago esto. Para volver el tiempo atrás. Para jugar con Wendy en otro plano. Donde mis piernas saben correr. Donde mi cuerpo es etéreo. Donde no hay dolor. Donde no hay recuerdos. No es tu culpa, madre. Me diste el regalo más preciado: “la vida”. Pero no supe, o pude cuidarlo. Quiero iniciar mi segunda oportunidad. Tranquila. Tengo para este viaje todo lo que necesito: mis fotos de Wendy, el helado y mi primer día de escuela. Te amo. No llores.

A Noelia Castillo Ramos, quien eligió un camino difícil, abrió caminos para otros y cambió los caminos de muchos. Buen viaje.

MALENA RODRÍGUEZ MEILÁN
@meilanmalenaescritora



MELONES FÉRTILES

Imagina destinos.

Imagina vacíos.
Los pies vuelven la vista,
canciones olvidadas,
huellas...

El sendero ignorado
abre melones fértiles ante tu paso.

Y en los rincones de tu alma, el eco se hace hueco.

Impregnando la miel en tu sangre,
las venas palpitan.
Tu corazón grita:
¡Camina!

Caminos abiertos,
caminos desiertos.

Aquel viejo olmo vigila,
sediento de estima,
la vida que aspiras.

En cada elección reside el poder.

La mano sella la cara de la luna,
buscando los cráteres más profundos.
Mas el destino caprichoso
elige y se desboca como caballo salvaje
ante el jinete dominante.

Tú caminas con los ojos vendados,
observando qué hace el de al lado.

Las líneas se desfiguran.

Perdido ante el camino,
recuerdas días vividos y rezas a los dioses pidiendo ver la luz.

STEFANY TOYA
@poetryfeel8



CAMINOS DE UNA DICTADURA

Luna

A veces me pregunto qué caminos habría tomado el coronel si hubiera nacido en otros tiempos. Sin las obligaciones de una dictadura. Sin el peso del uniforme. Sin las normas que decidían por todos antes de que pudieran decidir por sí mismos.

Mi padre dice que quería ser publicista. Y yo me pregunto si, en el fondo, también era un amante del arte. Quizás por eso insiste tanto en que escriba.

Tal vez no quiere que escriba sobre él. Tal vez quiere que haga lo que él no pudo: seguir la curiosidad, perder el tiempo en ideas aparentemente inútiles, tomar un camino que no sirva para nada excepto para hacer feliz a quien lo recorre.

Pienso en aquel hombre silencioso, soñador, con la mirada siempre perdida en algún lugar más allá de las nubes, y me pregunto cuántos caminos quedaron sin recorrer.

Porque las dictaduras no solo encarcelan personas. También encarcelan posibilidades.

A veces lo hacen de maneras tan pequeñas que casi pasan desapercibidas.

En aquellos años había profesiones respetables y profesiones sospechosas. Había opiniones correctas y opiniones peligrosas. Había conversaciones que podían tenerse en la sala y conversaciones que debían quedarse en la cocina, cuando los niños ya estaban dormidos.

Muchos aprendieron a no destacar demasiado. A no hacer demasiadas preguntas. A no llamar la atención.

Incluso los sueños podían convertirse en algo que convenía esconder.

Mi abuela decía que las ventanas estaban para que entrara el aire. Pero durante mucho tiempo sirvieron también para vigilar quién pasaba por la calle.

Las personas bajaban la voz sin darse cuenta. Miraban antes de hablar. Aprendían que la prudencia podía ser más útil que la verdad.



Y así, poco a poco, los caminos se iban estrechando. No porque estuvieran cerrados por una cerca. Sino porque nadie se atrevía a transitarlos.

Me pregunto cuántos pintores terminaron detrás de un escritorio. Cuántos músicos terminaron llevando cuentas. Cuántos escritores aprendieron a callar tan bien que olvidaron que alguna vez quisieron escribir. Cuántas mujeres guardaron sus opiniones en el mismo cajón donde guardaban las cartas importantes. Cuántos hombres confundieron obediencia con destino.

Quizás el coronel fue uno de ellos.

O quizás no.

Tal vez estoy inventando.

Después de todo, la memoria es un país extraño. Uno donde los hechos y las preguntas terminan compartiendo la misma casa.

Pero incluso hoy sigo preguntándome cuánto de nuestras decisiones son realmente nuestras. Nos gusta pensar que vivimos en tiempos completamente libres. Sin embargo, todavía existen caminos que otros trazan por nosotros.

Los algoritmos nos sugieren qué escuchar. Las tendencias nos dicen qué admirar. La productividad nos dice qué hacer con nuestro tiempo. Las expectativas ajenas nos explican quién deberíamos ser. Y muchas veces obedecemos sin notarlo. Quizás la diferencia es que las paredes se han vuelto invisibles.

Por eso pienso en el coronel. En el hombre que, según mi padre, quería ser publicista. En el hombre que terminó usando uniforme. En el hombre que pasó la vida mirando las nubes. Y en el cardenal rojo que ahora se posa cada mañana frente a mi ventana.

Quizás regresó para recordarme algo sencillo: que la libertad no siempre consiste en llegar a donde queremos. A veces consiste simplemente en poder elegir el camino.

Y recorrerlo.

Aunque nadie más lo entienda.

LUNA
@lunaqueescribe



CAMINO

... Apareces,
estás,
que no es que sobrevengas.
Das paso a infinitud de fórmulas ida y vuelta
eres esdrújula y línea
trazo y dirección.
Una construcción que se alcanza con el paso
un trayecto con distancia de A a B.
Raíz de brújula y GPS
sendero
lugar con tiempo y medido a la perfección.
Km 0, trayectorias único latido y acotación.
Eres ruta, sendero, vía, trayecto, punto de encuentro,
de doble sentido y/o dirección.
Estás por todas partes
víctima de la unión de dos.
Un lugar en el que estamos incluidos
donde el tiempo ...
suma y resta verdad y caricia
y al cruzarnos formulamos dilatación LOVE...
Caminante, sí hay camino
tantos...
que habernos encontrado es una auténtica profanación
al amor.

SARA Y PUNTO
@sara_y_punto_


la esperanza
de que
vuelvas

EL VOLANTÍN CUCARRO

Lucas Isaac Larson

Don Armando pondría toda su experiencia, los mejores materiales y herramientas, y la mayor dedicación en construir el más magnífico volantín de todos. Sería diseñado y armado exclusivamente para ganar el evento anual más importante: el campeonato mundial de volantines (cometas o papalotes), en la categoría de acrobacias libres.

Días después, el volantín que con tanta dedicación armó y que según él pensaba, sería su mejor creación, en las pruebas de terreno resultó ser fatalmente incontrolable, un absoluto “cucarro” en términos más coloquiales. El Don revisó varias veces su diseño, con su dilatada experiencia estaba seguro de que era un artilugio perfecto, mas no lograba entender dónde radicaba el origen de su mal comportamiento. Tras numerosos arreglos e intentos fallidos, decidió finalmente descartarlo y construir otros tres volantines adicionales como variaciones del modelo original. Su intención ahora sería presentarse a todas las competencias disponibles, aumentando así la probabilidad de retirarse con algún premio en este, el último torneo de su exitosa trayectoria. El tiempo apremiaba…

Los tres “hermanos” del cucarro resultaron perfectos para competir, pues no mostraron en absoluto problemas de control y fueron finalmente los elegidos para ir al certamen entre otros muchos especímenes que el Don tenía disponibles (incluso había algunos ex-campeones en su bodega).

Llegado el día de la competición, Don Armando no obtuvo buenos resultados:

- En la competencia de batallas, su primer volantín fue atravesado en pleno vuelo por la varilla central de otro volador, el del campeón vigente de la categoría, llegando solamente hasta cuartos de final.
- En la competencia de acrobacias libres, su segundo volantín recibió una ráfaga en extremo potente del viento justo en medio de una arriesgada maniobra, lo que terminó desbaratando su estructura desde su vientre. Alcanzó a llegar a la semifinal.
- En la tercera y última competencia, la de vuelo estacionario a distintas alturas, el volantín restante del Don ni siquiera pudo competir: uno de los rivales que él mismo había eliminado en el concurso de batallas previo, chocó su automóvil deliberadamente y dañó su última unidad.

Don Armando caminó a su auto defraudado, iba a evaluar su estado y a dejar los restos de los volantines mientras masticaba la derrota. Estaba seguro que sus diseños eran

imbatibles, además, ¡no podía creer su mala fortuna al no poder participar en la última competencia! Para su sorpresa, en el fondo del baúl de su vehículo había otro volantín medio escondido, ¡era el mismísimo, único y original cucarro!

El Don nunca supo cómo llegó ahí, no recordaba haberlo guardado, y pensó muy bien si competir o no porque podía hacer el soberano ridículo con un volantín como ese, manchando para siempre su honor y prestigio.

“¡Al carajo! Esta es mi última competencia de la vida y no me voy a ir sin participar. Amigo, amigo... Sé que no fuiste construido para esto, pero ya me demostraste por unos segundos que sí puedes” - le dijo, e hizo unos últimos arreglos al Cucarro, ya bautizado como tal.

Se plantó con su especial volantín en el lugar asignado y le puso su mejor hilo, lleno de fe comenzó la competencia. Lamentablemente para el Don, todo avanzó de la peor forma: apenas elevarse unos 50 metros, el Cucarro se descontroló y tiraba con mucha fuerza. Se movía en círculos embistiendo y cortando la pitilla de varios de sus competidores, mientras Don Armando parecía estar pescando y luchando con un enorme y feroz pez, en vez de estar elevando un estilizado volantín.

A tal punto llegó la furiosa batalla, que finalmente el Cucarro cortó sus amarras y se libró del enlace que lo mantenía anclado a tierra, y al Don.

Como obra de un milagro inexplicable, su vuelo se estabilizó completamente, incluso nadie en el público, tampoco en los jueces, se dieron cuenta del corte del hilo.

El Cucarro subía en círculos, caía en picada y volvía a elevarse dibujando unas piruetas preciosas y muy complicadas, pero manteniéndose siempre sobre el Don, quien incrédulo, no entendía qué diablos pasaba.

Finalmente terminó la competencia, y por supuesto ni el Cucarro ni el Don resultaron vencedores, ya que fueron descalificados porque su despliegue fue cualquier cosa menos estable. Sin embargo, el volantín seguía subiendo y parecía tener el control total de su vuelo, y aunque ahora apenas se veía, el público notó su presencia en el cielo alto a punta de binoculares.

El Cucarro causó tal expectación, que pronto la organización del mundial comenzó a seguir su ascenso. Las cámaras de TV aún lo capturaban, pero pronto se hizo necesario un dron con un potente zoom para continuar transmitiendo su increíble vuelo.

El Don seguía desde tierra atento y por más increíble que parezca, el Cucarro rompió el récord mundial de altura en objetos de su tipo, perdiéndose para siempre más allá de las nubes atmosféricas. En fin, Don Armando no pudo ganar ningún campeonato, pero estaba muy contento y se hizo famoso por todo su espléndido show con el Cucarro, favoreciendo al negocio familiar de volantines, que pronto heredaría a su adolescente nieto.

Semanas después, una transmisión en vivo se emitió desde un rover americano en la Luna, y nadie podía creer cuando en las hermosas imágenes apareció en primer plano, nada más ni nada menos que el Cucarro, aquel brioso volantín incontrolable.

Algunos años más tarde, y esto es lo último que se sabe, el helicóptero Ingenuity lo tuvo de compañero de vuelos en el mismísimo planeta Marte. En su última grabación, se ve al Cucarro alzando nuevamente el vuelo hacia el espacio profundo, quién sabe dónde estará ahora...

Por mucho que parezca que nacimos con un propósito y un alcance definido, la misión más importante es descubrir y disfrutar nuestra verdadera y propia ruta, librándonos de todas las ataduras.

Vuela tan alto y tan lejos como desees, y hazlo como tú quieras... en el cielo no hay caminos, ni límites.

LUCAS ISAAC LARSON
@lucas.isaac.writer



ENTRE LA TIERRA Y EL CIELO

Tú miras mi boca como quien encuentra incendio.
Yo te miro a ti como quien por fin encuentra hogar.
Porque mientras tus manos descubren el deseo,
mi corazón, terco y lunar, ya está imaginando constelaciones contigo.
Y sí...
quiero besarte,
recorrer la calma escondida en tu pecho, dejar mi risa viviendo entre tus sábanas.
Pero también quiero quedarme después del fuego.
Escucharte respirar
como si el mundo afuera no existiera.
Sentir que por una noche la Luna dejó de girar sola.
Tú eres cielo.
Inmenso.
Inalcanzable a veces.
Y yo sigo siendo Luna,
aprendiendo a alumbrar incluso cuando no te tengo.
Pero cuando me miras así, con esa mezcla de hambre y ternura, el universo entero parece olvidar la distancia entre la tierra y el cielo.

LUNA
@lunaqueescribe


"Miro a la avenida repleta de autos, así de
heridas está repleta mi vida."
Pies Izquierdos

A SIP OF HER PATH THROUGH THE PRISM

Atoma

Sometimes I wonder what mistakes I'm making right now.
Not in this life. In the others.
The lives I imagine unfolding somewhere beyond my reach, running parallel to this one like roads disappearing into the horizon.

I've lived a life so proper. So careful. So obedient to the map.
The right choices. The right responsibilities. The right exits.

And because of that, I often find myself entertaining a dangerous thought: What if we're living every possible version of ourselves at once? What if every road we didn't take simply continues somewhere else?

I think about her often. The version of me who never asks permission.
The one who doesn't confuse sacrifice with virtue. Who doesn't stay where she's unhappy simply because leaving would disappoint someone. Who doesn't collect wounds and calls them loyalty.

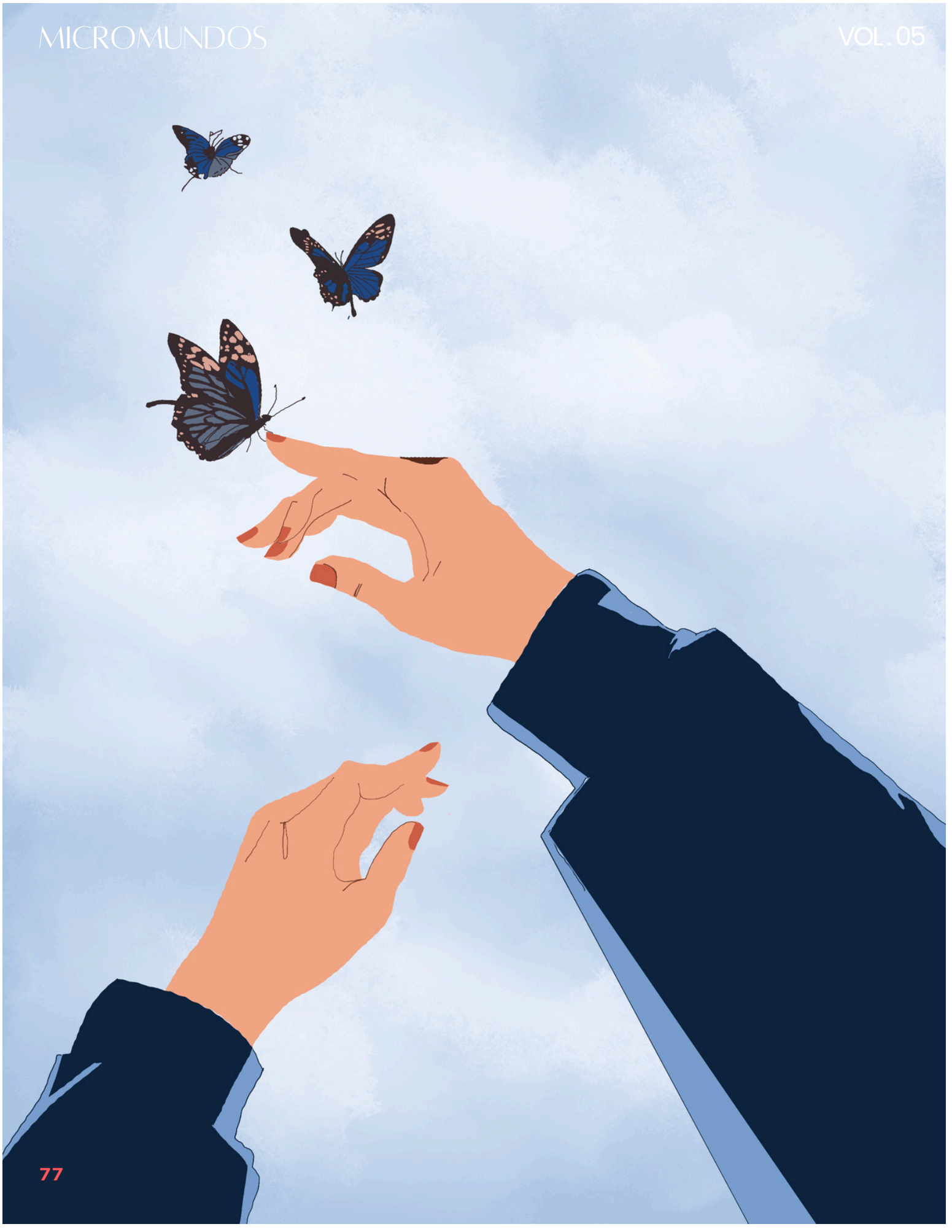
I wonder what she’s doing tonight.
As my lips kiss the edge of this martini, I catch sight of her across the room. She sits alone at the far end of the bar.
She looks familiar. Same dark dress. Same posture. Same tendency to disappear into corners. But there’s something different about her.

She looks lighter. As if she has never spent a single day worrying whether she deserves happiness.

I watch her from afar. She laughs more freely than I do. She takes up more space. She doesn't apologize when she speaks. And I can't stop wondering what roads brought her there.

Did she leave when she should have left? Did she say what she wanted to say? Did she choose herself when everyone expected otherwise?

Or maybe there was never a choice at all. Maybe every road exists for a reason. Maybe some lessons only arrive dressed as mistakes.



There I go again. Trying to make sense of life when I was supposed to be fantasizing about hers. Because in her life, she chooses differently. In her life, she follows happiness wherever it leads.

Love.
Passion.
Adventure.

She leaves entire worlds behind without looking over her shoulder. And most of all...
She follows you.

I've imagined it countless times. The moment she finally stops resisting. The moment she abandons the sensible life and runs after you.

Crossing cities.
Crossing oceans.
Crossing every line she once swore she would never cross.

For the chance to feel that rush again.
That dangerous kind of passion.
The one that stains her cheeks pink.
That turns her thoughts reckless.
That keeps her awake long after midnight.
The one that makes her heart pound against her ribs like it is trying to escape.
The one that makes her whole body vibrate with possibility.

Across the room, she finishes her drink. She stands. For a second, our eyes meet. Then she reaches into her purse.

And there you are.
Not a lover.
Not a man.
Not a beautiful mistake waiting at the end of a forbidden road.
A pen.
The same one she has been chasing all along.
She smiles.
Opens a notebook.
And disappears into the only love affair that has ever truly ruined her.





Paso a Paso · Pavel Núñez

Drops of Jupiter · Train



LOS CAMINOS QUE ELEGIMOS

Sol Doria

Hay quienes encuentran una autopista. Otros reciben un mapa. Algunos incluso heredan una ruta trazada por generaciones anteriores. Pero existen personas que avanzan con la incertidumbre de quien abre senderos donde antes no los había.

La música está llena de historias sobre caminos. Algunas hablan de destinos; otras, del simple acto de seguir andando. Quizás porque, al final, la vida suele parecerse más a una travesía que a una llegada.

En esta edición dedicada a los caminos, pensé en dos canciones que, aunque muy distintas entre sí, comparten una misma pregunta: ¿qué ocurre cuando decidimos emprender nuestro propio recorrido?

La primera es Paso a Paso, de Pavel Núñez, cantautor dominicano con más de 20 años de carrera artística. Más allá de su evidente invitación a avanzar sin prisa, la canción cobra una dimensión especial cuando se observa la trayectoria de su autor. En una escena musical dominada históricamente por géneros de enorme arraigo popular, Pavel apostó por la figura del cantautor, privilegiando la palabra, la introspección y una propuesta artística profundamente personal. Su carrera parece recordarnos que no todos los caminos se recorren a la velocidad de las multitudes; algunos exigen persistencia, paciencia y la convicción de continuar aun cuando la ruta elegida no sea la más transitada.

La segunda canción nos lleva mucho más lejos. En Drops of Jupiter, de Train, una mujer regresa después de haber viajado por el universo. La letra nunca explica con exactitud si ese recorrido ocurrió de forma literal o simbólica, y quizá allí reside parte de su encanto. El viaje funciona como una metáfora del autodescubrimiento: alejarse para comprender quién se es, perderse para regresar transformado. A veces el camino más largo no conduce a otro lugar, sino a una versión más auténtica de nosotros mismos.

Entre avanzar paso a paso y viajar hasta las estrellas existe una idea compartida: ningún recorrido significativo nos devuelve siendo exactamente la misma persona. Los caminos cambian el paisaje, pero también cambian al caminante.

Quizás por eso recordamos ciertas canciones durante años. No porque nos indiquen hacia dónde ir, sino porque nos acompañan mientras descubrimos nuestro propio rumbo.

Paso a Paso - Pavel Núñez. Primer tema del álbum Paso a Paso (2002), es una de las canciones más representativas del cantautor dominicano y una reflexión sobre la perseverancia y el avance constante.

Drops of Jupiter - Train. Lanzada en el álbum Drops of Jupiter (2001), combina imágenes cósmicas y emociones íntimas para narrar un viaje de transformación personal y reencuentro con la propia identidad.

MIGUEL DELIBES: EL CAMINO

Eloy Conde

He vuelto al pueblo donde viví mi infancia cerca de mi abuela, he rememorado las noches con mis amigos y nuestras carreras por los campos buscando travesuras que no sabía hasta hoy que serian un hermoso recuerdo de mi infancia para toda la vida.

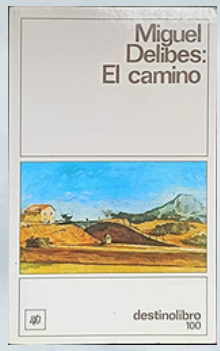
Este libro es eso, un clásico que nos relata cómo su protagonista, Daniel "el Mochuelo", pasa los días en su querido pueblo junto a sus amigos mientras la vida y el destino lo van arrastrando a través de aventuras, de paisajes naturales, de un entorno rural entrañable de la España de antes, hacia la madurez y la pérdida de la inocencia.

Es una obra entrañable que todos deberíamos de leer para recordar la importancia de los pequeños matices de la vida que nos hacen sonreír. Nos vamos a encontrar con una narración que alimenta nuestro niño interior, la belleza por la armonía de los paisajes rurales, el costumbrismo, lo tradicional, la comicidad de las situaciones cotidianas, la visión de la muerte en los pueblos, nuestros primeros amores, la amistad y una profunda reflexión sobre el sentido de la vida.

Lo leí cuando era pequeño en el colegio, pero esta nueva relectura me ha hecho emocionarme con cada página que pasaba del libro.

Recordaré este libro durante mucho tiempo. El camino.

Eloy Conde
@recitariopoetico



★★★★★

AMISTAD
SENTIDO DE LA VIDA
AMBIENTE RURAL ESPAÑOL
CAMINO HACIA LA MADUREZ
COSTUMBRES Y TRADICIONES
RECUERDOS DE LA INFANCIA



Dos caminos y todos me traen a este bar.
Donde me encuentro y te encuentro.
¿Nos encontramos?
Nos tomamos un trago: *un cuba libre* a las rocas, mi favorito.
Te fumas un cigarro.
Terminas tu trago y pides otro.
Yo te admiro y escucho la música de fondo: ese bolero que siempre nos gustó bailar.
El tiempo ha pasado y hemos encontrado muchas curvas en el camino.
Y siempre nos reencontramos.
Y siempre nos extrañamos.
¿O será que extrañamos la idea de nosotros? Eso todavía no lo he podido descifrar.
Pero siempre espero este reencuentro *porque tú has venido a quedarte dentro de mi alma*.

QUIBEZA

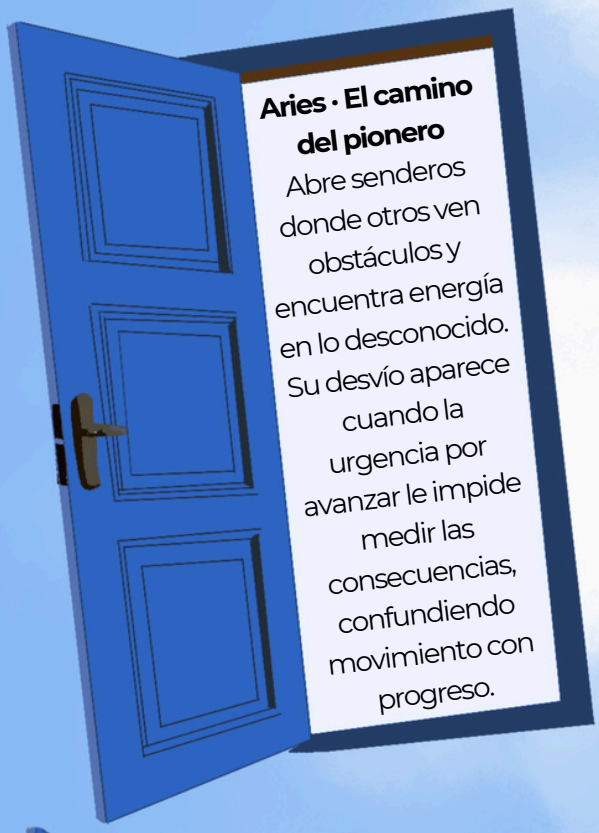


LOS CAMINOS DEL ALMA

Tere Osuna

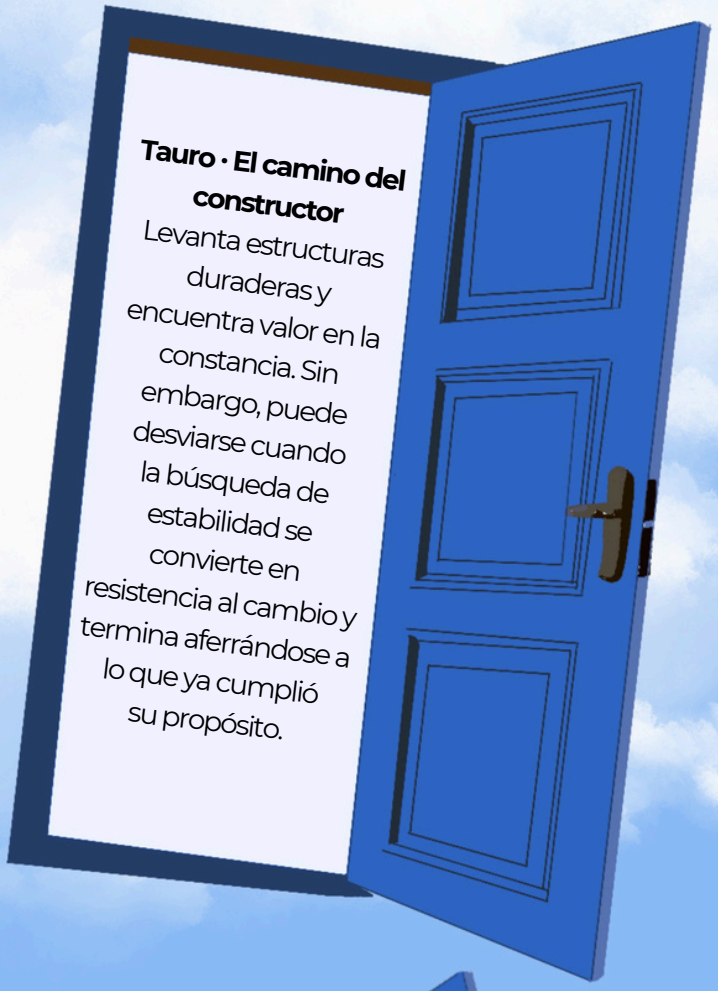
Cada persona recorre la vida desde una combinación única de talentos, desafíos y aprendizajes. La astrología propone una forma simbólica de observar esas diferencias: los doce signos del zodiaco representan doce maneras distintas de relacionarse con el mundo, de enfrentar los cambios y de buscar sentido.

Más allá de predicciones o destinos inamovibles, esta mirada invita a reconocer tanto nuestras fortalezas como aquellas tendencias que pueden alejarnos de nuestro mejor potencial. En ese sentido, cada signo posee una luz que desarrollar y una sombra que integrar. Conocer ambas no busca encasillarnos, sino ofrecer una oportunidad para observarnos con mayor honestidad y conciencia.



Aries · El camino del pionero

Abre senderos donde otros ven obstáculos y encuentra energía en lo desconocido. Su desvío aparece cuando la urgencia por avanzar le impide medir las consecuencias, confundiendo movimiento con progreso.



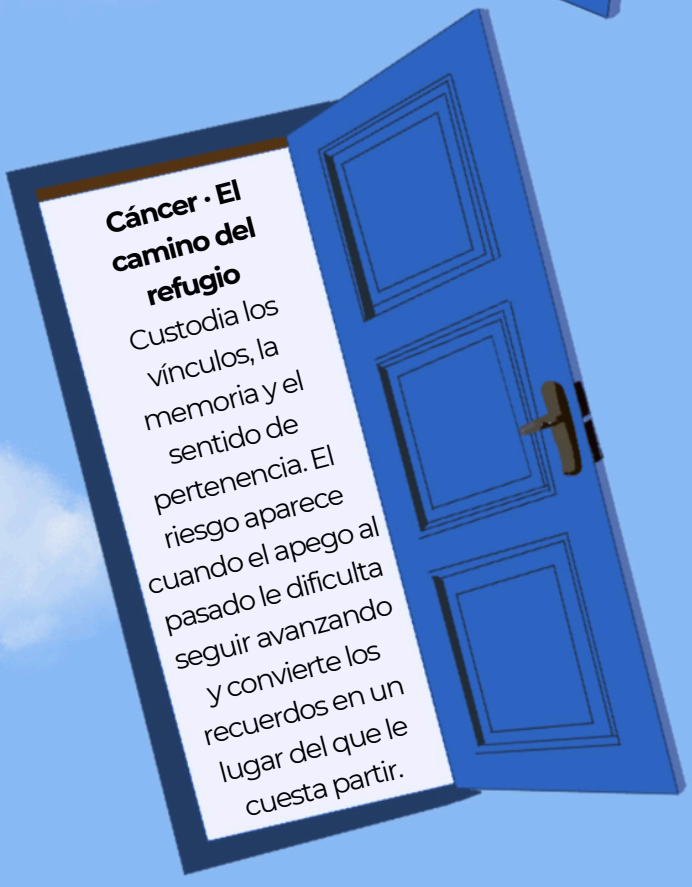
Tauro · El camino del constructor

Levanta estructuras duraderas y encuentra valor en la constancia. Sin embargo, puede desviarse cuando la búsqueda de estabilidad se convierte en resistencia al cambio y termina aferrándose a lo que ya cumplió su propósito.



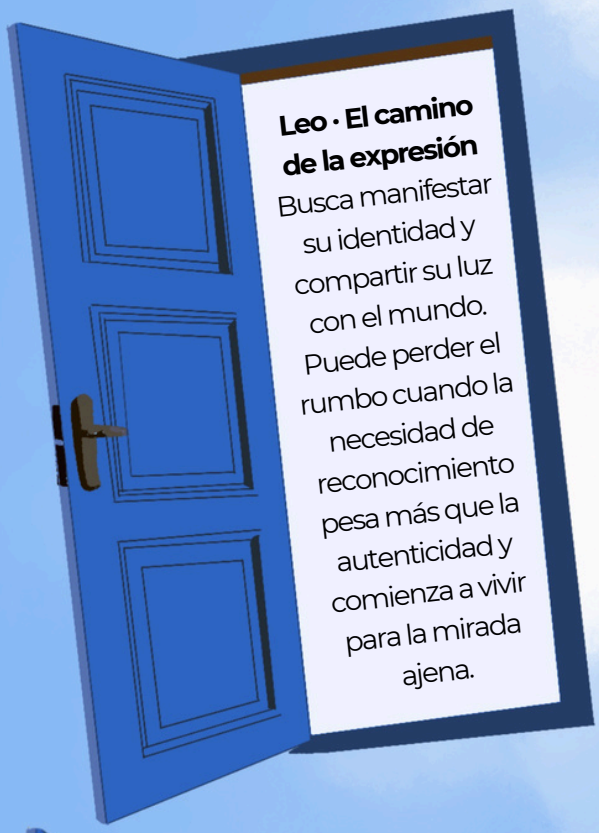
Géminis · El camino del explorador

Se alimenta de preguntas, descubrimientos y nuevas perspectivas. Su desvío surge cuando la curiosidad lo dispersa entre demasiadas rutas, impidiéndole profundizar en alguna de ellas.



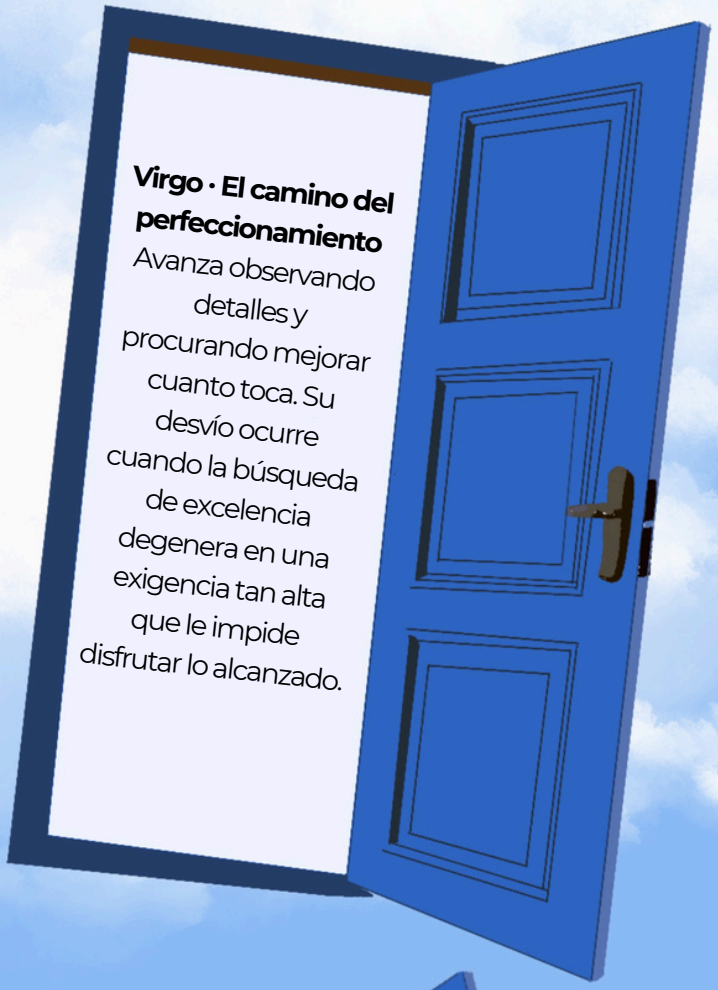
Cáncer · El camino del refugio

Custodia los vínculos, la memoria y el sentido de pertenencia. El riesgo aparece cuando el apego al pasado le dificulta seguir avanzando y convierte los recuerdos en un lugar del que le cuesta partir.



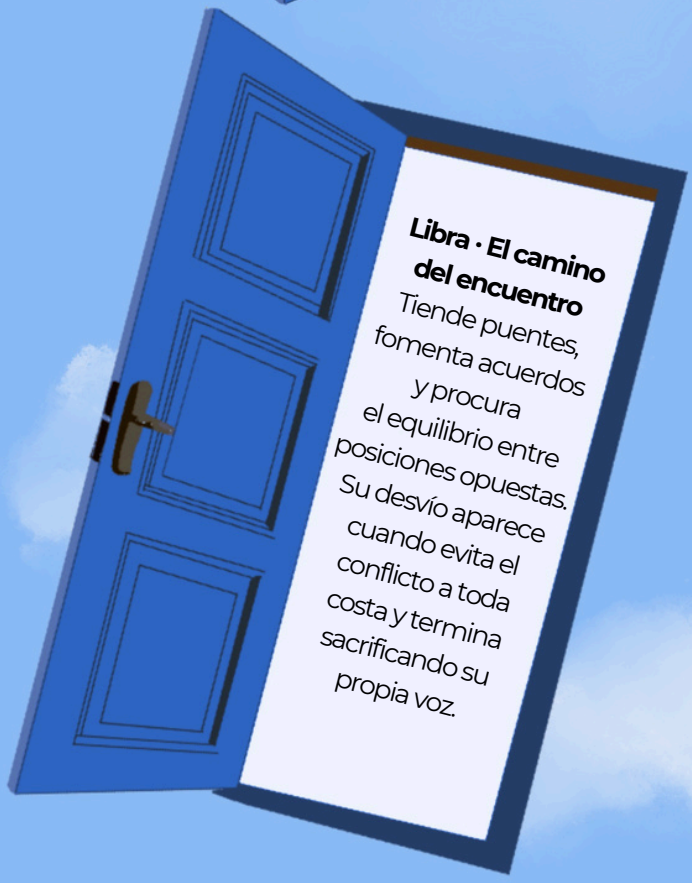
Leo · El camino de la expresión

Busca manifestar su identidad y compartir su luz con el mundo. Puede perder el rumbo cuando la necesidad de reconocimiento pesa más que la autenticidad y comienza a vivir para la mirada ajena.



Virgo · El camino del perfeccionamiento

Avanza observando detalles y procurando mejorar cuanto toca. Su desvío ocurre cuando la búsqueda de excelencia degenera en una exigencia tan alta que le impide disfrutar lo alcanzado.



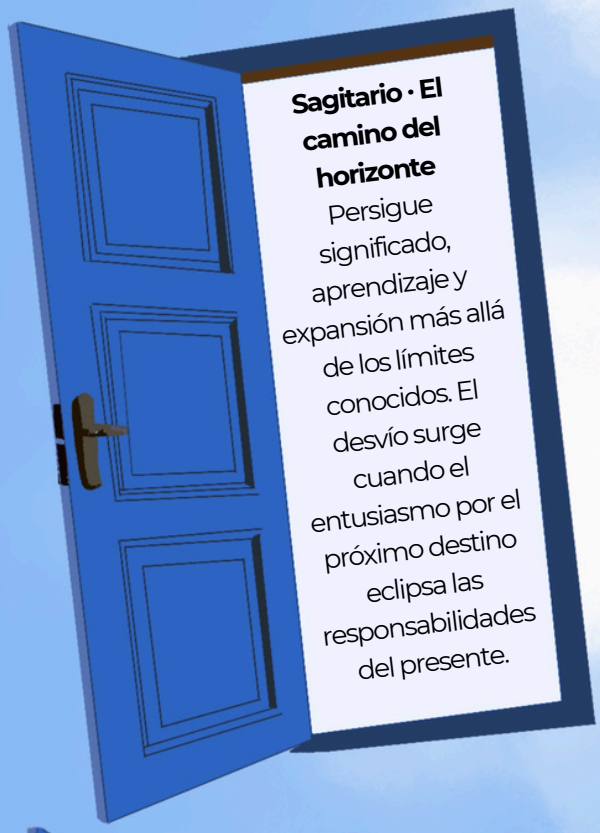
Libra · El camino del encuentro

Tiende puentes, fomenta acuerdos y procura el equilibrio entre posiciones opuestas. Su desvío aparece cuando evita el conflicto a toda costa y termina sacrificando su propia voz.



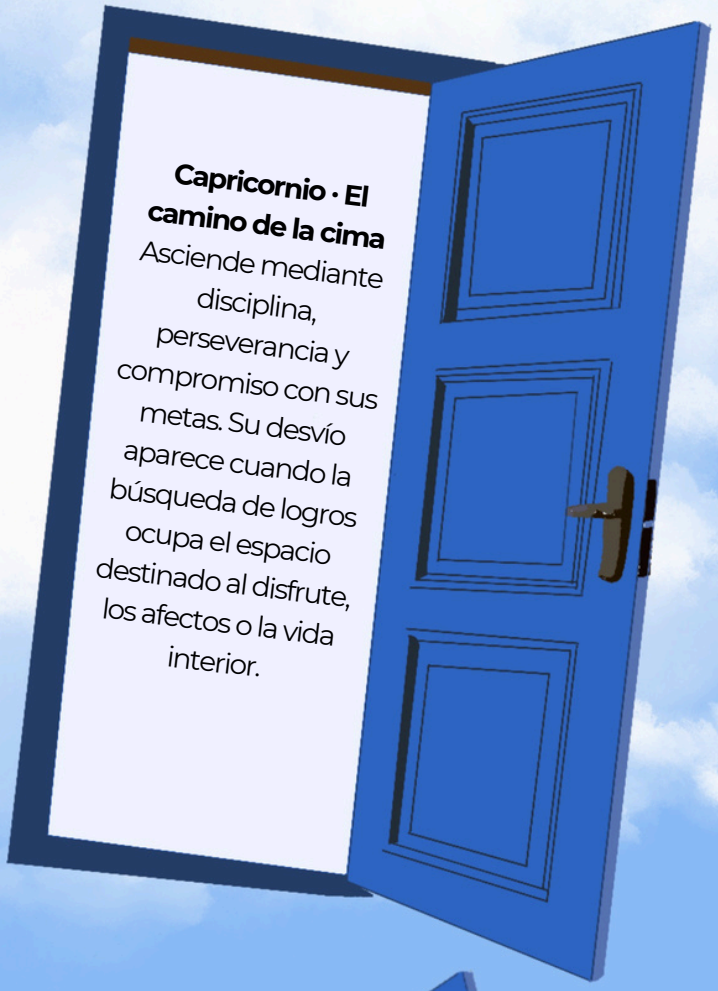
Escorpio · El camino de la transformación

Se adentra en los procesos de pérdida, cambio y renacimiento que acompañan toda vida humana. Puede quedar atrapado cuando el dolor, el resentimiento o la necesidad de control se vuelven más importantes que la transformación misma.



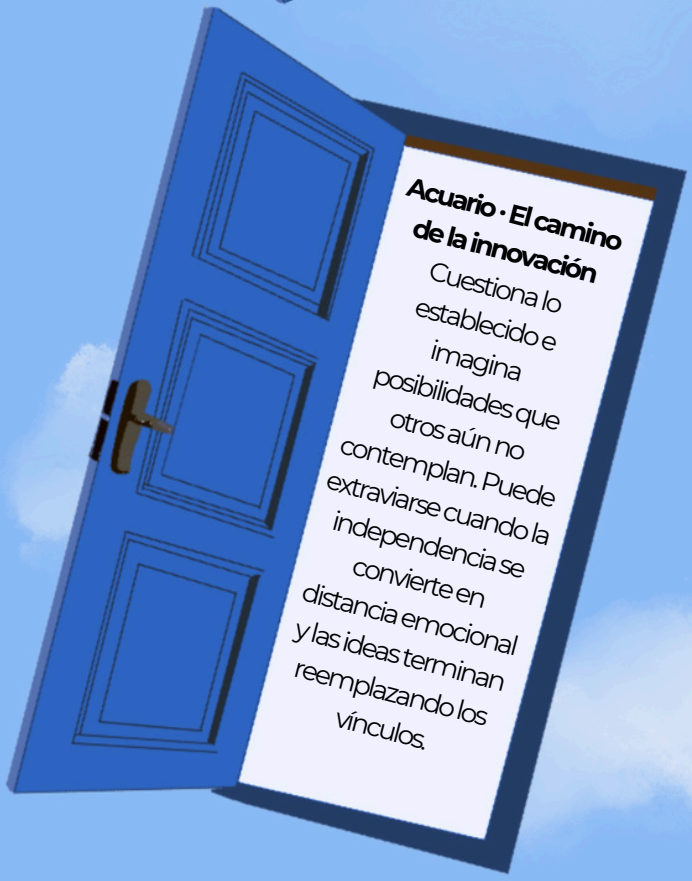
Sagitario · El camino del horizonte

Persigue significado, aprendizaje y expansión más allá de los límites conocidos. El desvío surge cuando el entusiasmo por el próximo destino eclipsa las responsabilidades del presente.



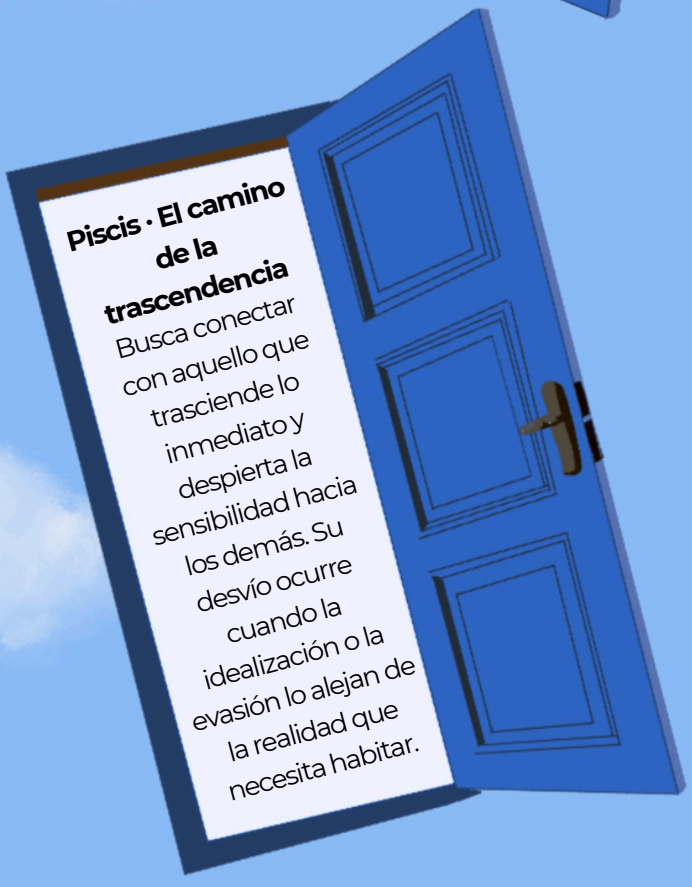
Capricornio · El camino de la cima

Asciende mediante disciplina, perseverancia y compromiso con sus metas. Su desvío aparece cuando la búsqueda de logros ocupa el espacio destinado al disfrute, los afectos o la vida interior.



Acuario · El camino de la innovación

Cuestiona lo establecido e imagina posibilidades que otros aún no contemplan. Puede extraviarse cuando la independencia se convierte en distancia emocional y las ideas terminan reemplazando los vínculos.



Piscis · El camino de la trascendencia

Busca conectar con aquello que trasciende lo inmediato y despierta la sensibilidad hacia los demás. Su desvío ocurre cuando la idealización o la evasión lo alejan de la realidad que necesita habitar.

Las sombras no son defectos que deban eliminarse, sino aspectos que requieren atención y equilibrio. Aquello que nos desvía del camino suele ser, en muchos casos, una virtud llevada al extremo. La valentía puede convertirse en impulsividad; la sensibilidad, en apego; la disciplina, en rigidez.

Quizá la utilidad más interesante de la astrología no sea decirnos quiénes somos, sino ofrecernos un lenguaje simbólico para reflexionar sobre nuestras tendencias, contradicciones y posibilidades de crecimiento. Al reconocer nuestras luces y nuestras sombras, dejamos de verlas como fuerzas opuestas y comenzamos a entenderlas como partes complementarias de un mismo recorrido. Después de todo, ningún camino se define únicamente por la dirección que seguimos, sino también por los desvíos que aprendemos a reconocer y corregir.

TERE OSUNA
@portalholisticoastro


MICROMUNDOS